

LA RAZA LATINA

PERIODICO INTERNACIONAL

Se publica en Madrid dos veces al mes, en francés, italiano, portugués y español.

COLABORADORES

Abad y Aparicio (Hilario).
Alcalá Galiano (Antonio).
Batbie, ex-ministro de Instrucción pública en Francia.
Cenavides (Antonio).
Campoamor (Ramon).
Bamus (Alfredo Adolfo).
Cánovas del Castillo (Antonio).
Carramolino (Juan Martin).
Carrascosa (Pedro).
Castelar (Emilio).
Castro y Serrano (José).
Corfberz de Medoltheing (A), presidente de la Société des bibliothèques populaires en France.

Cortazar (D. Eduardo).
Dupanloup, évêque d'Orléans, membre de l'Académie française et de l'Assemblée nationale.
Eguren (José María).
Fanet (Paul), professeur d'Histoire de la philosophie à la Sorbonne de Paris.
Favre (Jules), membre de l'Académie française et de l'Assemblée nationale.
Frank (A), professeur du Droit des gens (Sorbonne).
Gambetta (Léon), membre de l'Assemblée nationale.
Girardin de, publiciste français.
Giraud, membre de l'Académie des Sciences de Paris.
Gutierrez de la Vega (D. José).

Hauleville de.
Hartzenbusch (Juan Eugenio).
Hugo (Victor), poète français.
Hurtado (Antonio).
Laboulaye, professeur d'Histoire et de Législation comparée, Collège de France.
Lhoest, écrivain belge.
Llofrin y Sagrada (Eleuterio).
Lopez Serrano (Juan).
Martin (Meliton).
Moraita (Miguel).
Nieto (José Moreno).
Núñez de Arce (Gaspar).

Parieu de, membre de l'Académie.
Patin, Secrétaire général de l'Académie française.
Rodriguez Sobrino (Matias).
Rodriguez Rubi (Tomás).
Rykens, directeur du Collège épiscopal de Boormande (Limbourg Hollandais).
Sandeau, de l'Académie française.
Torres Muñoz y Luna (Ramon), Membre de l'Académie de Munich.
Valera (Juan).
Valero y Soto (Juan).
Valero Tornos (Alvaro).
Villemessant de.

Fundador y Director: D. Juan Valero de Tornos

SOMMAIRE

REVUE ESPAGNOLE ET ÉTRANGÈRE, par D. Eduardo de Cortázar.—REVUE SUR LES ARTS ET LA LITTÉRATURE CONTEMPORAINE, par Mr. le baron de Privel.—PARTE EDITORIAL.—CINQUIÈME LETTRE SUR LA LITTÉRATURE CLASSIQUE, par Monseigneur Dupanloup.—LE BUDGET PORTUGAIS, EXTRAIT DU LIVRE INÉDIT: PORTUGAL CONTEMPORANÉO, de D. Modesto Fernandez y Gonzalez.—COLABORACION.—PHILOSOPHIE DU SENS COMMUN, par D. Meliton Martin.—LE PAYS DES ASHANTÉES, par D. Juan de la Puerta Vizcaino.

SUMARIO

REVISTA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA, por D. Eduardo de Cortázar.—REVISTA DE ARTES Y LETRAS CONTEMPORANEAS, por el baron de Privel.—PARTE EDITORIAL.—QUINTA CARTA SOBRE LA LITERATURA CLÁSICA, por Monseñor Dupanloup, obispo de Orleans, de la Academia francesa.—PRESUPUESTO PORTUGUÉS, DEL LIBRO INÉDITO: PORTUGAL CONTEMPORANEO, de don Modesto Fernandez y Gonzalez.—COLABORACION.—FILOSOFIA DEL SENTIDO COMUN, por Don Meliton Martin. (continuacion).—EL PAIS DE LOS ASHANTES, por D. Juan de la Puerta Vizcaino.

REVISTA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA

Por punto general, en los países regidos parlamentariamente, cuando las Cámaras están en vacaciones, la política disfruta de un período de calma relativa, que no es ciertamente para enaltecer la conveniencia de ciertas discusiones.

Durante tales períodos ó interregnos las discusiones periodísticas como las particulares se contraen al porvenir, ya examinando lo que se supone harán los Gobiernos, ya participando lo que unos ú otros representantes se proponen ejecutar cuando las Cámaras reanuden sus tareas.

Así ha sucedido en Francia, donde la clausura acordada en la Asamblea de Versalles y que debe terminar el día 12 de Marzo ha dejado á la prensa en situacion de ocuparse más detalladamente de lo que piense hacerse en el vecino país en materias gubernamentales.

La prorogacion de los poderes del mariscal Mac-Mahon, y la anulacion consiguiente del Setenado, así como el propósito de los diputados legitimistas de suscitar en la Cámara la cuestion monárquica, han sido temas de discusion ó noticias con insistencia circuladas en la prensa de Francia, hasta que amonestaciones del Gobierno han hecho imposible discutir el Setenado.

Cuando los países se hallan dotados de instituciones permanentes que produzcan simpatía en las clases conservadoras: cuando la fijeza y estabilidad es la base en que se fundan los sistemas de gobierno; ciertas discusiones ni se suscitan, ni siquiera se presentan al exámen público ni áun privado.

Pero cuando lo interino y lo provisional prevalece, y en ello se basan edificios construidos, no con sólidos materiales, sino con ideo-

lógicas utopias; las construcciones, más que grandes templos del arte semejan ligerísimos castillos de náipes.

Si á Francia, en lugar de dotársela de un Gobierno supremo setenal; si á Francia, en vez de concederla el derecho de decidir, pasados unos pocos años, sobre si continuaria con el mismo sistema ó con otro más estable ó con uno más, aún ménos duradero,—como si los pueblos ganaran algo con esas consultas generales tan frecuentes,—en Francia no se discutiría sobre puntos de Gobierno, cuyo exámen evidencia bien á las claras la inseguridad de lo que no se solidifica por la propia fuerza moral de que el Setenado carece y por el propio prestigio en la esfera de las instituciones de que aquel se halla completamente exento.

El Gobierno superior del duque de Magenta, discutido y puesto en tela de juicio, demuestra cómo en Francia el espíritu conservador prevalece, y tanto que el Gabinete del duque de Broglie que coadyuvó á que fuese desechada en la Asamblea versallesa la declaracion de urgencia que en su proposicion pedia Mr. Dahviel, ya no satisface á la opinion apesar de las declaraciones hechas por el ministro del Interior en la reunion de la comision de los Treinta acerca del Senado y los poderes públicos.

Podrá dotarse próximamente á la Francia de un Senado; podrá ser este elegido del modo más en armonía con las ideas conservadoras; podrá restringirse el derecho electoral subiendo la edad de los electores de 21 á 25 años; podrá creerse con M. Batbie que el sufragio no es derecho y sí deber, por cierto difícil de llenar, en lo cua acaso no le falte razon; pero Francia lo que há menester tanto, más que todo eso, es de una forma de Gobierno permanente, estable y fija.

Miéntas así no suceda, Francia como España, que tambien atraviesa doloroso período de interinidad, no contemplará en el poder supremo la aureola de prestigio, el brillo de superioridad que siempre deben mostrar los gobernantes á los gobernados.

Los niños no obedecen sino á los grandes, y los hombres, que no son más que niños ya crecidos, no obedecen sino á los que son mayores en saber, poder y gobierno. Dotad á un país de Gobiernos empuñados por la limitacion de su predominio y poder, y comenzará la desobediencia de los niños grandes por el desprestigio y de la institucion gubernamental.

**

Dos son las principales cuestiones que en Alemania preocupan actualmente á los políticos y á la prensa: la religiosa y la militar.

La primera ha tomado nuevas proporciones en el período transcurrido desde nuestra última Revista á hoy: la segunda amenazaba tenerlas tambien mayores al realizarse la reunion del Parlamento germánico.

Acerca de la cuestion religiosa han cambiado con insistencia largas correspondencias diplomáticas los Gabinetes de Berlin y de Viena: en ellas ha tomado tambien parte el Gobierno de San Peters-



burgo, y el de Roma no ha permanecido tampoco extraño á esas persistentes correspondencias. Y se comprende; á Rusia, por lo que al sentimiento católico de Polonia se refiere, le interesa que las leyes confesionales de Prusia no alarmen los espíritus de aquel noble pueblo sometido á ajenas dominaciones, y por lo que respecta al Gabinete romano, lógico es que en asunto de tan inmediato interés para él tome cartas.

Cuanto mayor sea la cruzada que los pueblos de raza anglo-sajona armen contra el catolicismo, más grande ha de ser el sentimiento de represión que hácia los que no ayudan á favorecerle en sus tribulaciones experimenten los verdaderos fieles; y como los Gobiernos del rey Víctor Manuel que han consentido y que han ayudado á labrar desdichas para la Iglesia se hicieron odiosos, el Gobierno actual, que expide documentos, cuyo espíritu tiene que contrarestar en circulares diplomáticas el cardenal Antonelli; si persiste en su conducta antipapal, se hará merecedor de las más severas censuras por parte del Pontificado, de los católicos todos y de la prensa conservadora.

En cuanto á Prusia y Austria, persiguiendo á los preladados y sacerdotes católicos; constituyendo en prision al obispo de Colonia monseñor Melchero por defender los legítimos derechos de la Iglesia, y condenando al pago de multas al de Posen y al canónigo Wojewski y haciendo blanco de sus iras al obispo de Munster: y llegando Austria en su servil imitación anticatólica de Prusia á protestar por medio de nota diplomática contra la encíclica dirigida por Su Santidad á los obispos austriacos acerca de la conducta del Gobierno vienés para con la Iglesia, no son más dignas ambas Naciones de la alabanza y elogio que la Italia.

Pero entre estas tres Naciones, la que más perjuicio causa hoy á la causa del catolicismo es la Prusia, porque su ascendiente sobre los demás Estados alemanes, de los que en su ambición ha absorbido unos, y que por sus pretensiones acaso quiera absorber mañana otros; le dá una representación en el concierto general de las grandes potencias á que no se hace acreedora ciertamente por su conducta internacional, y sabido es que el más terrible enemigo es el más fuerte.

Sin duda para serlo más en varios terrenos, el Gobierno berlinés pide al Parlamento alemán un contingente militar muy crecido para tiempos de paz, y así es que ni aún la oposición que en el Reichstag se suponía hallar, hacia variar de propósito al Gobierno del emperador Guillermo.

Es más; el príncipe de Bismarck que á pesar de sus dolencias presta la posible atención á los negocios públicos, anunciaba ya su propósito de retirarse de los Consejos de la Corona si la ley militar no era aprobada en el Parlamento alemán.

Por fortuna para el gran canciller y sus adeptos la tormenta aparece conjurada, pues una enmienda del diputado Mr. Benigsen, que no será sino complacer con ligeras modificaciones los deseos del Gobierno berlinés, orillará todas las dificultades y Prusia podrá tener nada menos que 401.000 hombres en tiempo de paz; contingente adecuado, en nuestro concepto, para cuando se quiera poder promover la guerra.

La solución traída por el telégrafo no nos parece la mejor, porque sólo cuanto tienda á desposeer de su arrogante prestigio á los ambiciosos hallaría nuestra simpatía. Por eso advertiremos que el aumento de fuerzas militares en Prusia, por más que el emperador Guillermo proteste de sus propósitos de conservar la paz europea, á nada bueno puede conducir. Díganlo sino la campaña de 1870 y la ocupación de Francia por los alemanes, como consecuencia de los sitios de Metz, Sedan y París, cuando ya la Prusia acababa de pertrecharse y armarse cumplida y fuertemente, como ahora se armará y pertrechará, porque aceptada la enmienda y comenzada la discusión del proyecto de ley, según noticias telegráficas de hoy, la aprobación se puede dar por asegurada.

Repetiremos el aviso además, porque ¿quién sabe tampoco el objeto que tendrían ciertas recientes conferencias régias entre más de un emperador?

Ni en Inglaterra, donde después de la aprobación de los presupuestos de Guerra y Marina en 31 de Marzo comenzaban vacaciones parlamentarias, y á cuya terminación se ha tratado del reconocimiento de beligerancia á los carlistas, negando se hubiera ocupado de ello el Gobierno; ni en Portugal, cuyas Cámaras eran también cerradas el día 3 del actual, ni en Italia, ni Bélgica han ocurrido sucesos trascendentales, ni se han agitado grandes cuestiones que puedan afectar á la política internacional en estos últimos días, y únicamente el viaje del emperador de Rusia á Londres se ha considerado digno de atención en algunos periódicos importantes.

A las entrevistas de Berlín, de Viena y de San Petersburgo vá á seguir la de Londres. Bueno es fijarse en estos detalles, como ántes se ha indicado, por lo que tales conferencias puedan afectar en el porvenir á la tranquilidad europea, que á veces las entrevistas de cierto género suelen ser precursoras de las grandes catástrofes.

Terminaremos por hoy la parte extranjera europea de la presente Revista, indicando que se ha agravado el conflicto surgido entre la Puerta-Otomana y el Patriarca de Constantinopla con motivo de los actos de dominio que los turcos ejercían sobre la iglesia católica-armenia, á cuyo asunto dedicamos algunas líneas en nuestra Revista anterior; pues se han celebrado reuniones y se han formulado amenazas por el Gobierno turco, que daban mayor importancia al suceso.

Pudiera dejarse éste de lastimar creencias, lastimando también derechos especialísimos, y se evitarían sensibles disensiones como las de que hacemos indicación, y que los Gobiernos latinos son los más interesados en hacer desaparecer, como consecuencia de una solución principalmente satisfactoria para los cristianos.

El período parlamentario cerrado en Méjico en Enero último ha sido interesante, pues en él se elevaron á la categoría de preceptos constitucionales leyes de reforma que ya forman parte del Código fundamental de la República; y después, en la propia legislatura, se ha decidido la erección del Senado, fijando terminantemente las atribuciones del alto Cuerpo beligerante. Se vé, pues, que ese país tan censurado, y por cierto que con justicia, vá entrando en el camino de la moderación, y que los intereses conservadores irán teniendo ménos ocasiones de alarma y sobresalto á medida que el Gobierno mejicano, comprendiendo bien cuánto conviene á sus gobernados la tranquilidad en el interior, tranquilidad que jamás se obtiene con locas aventuras, persevera en la adopción de medidas verdaderamente templadas y conciliadoras.

Los generales Corona y Benavides habían sido propuestos al Congreso para ministros de Méjico en España y Alemania.

De la misma situación, hoy apacible, de que se disfruta en Méjico, gozaban á la fecha de las últimas noticias en las diferentes Repúblicas americanas, si bien no todas ellas andan entre sí en buena armonía. Los periódicos de Bogotá y de Caracas han discutido ágricamente con motivo de los ataques virulentos dirigidos por un diario del primero de dichos puntos al señor presidente de la República venezolana, y todavía es más serio lo inminente de una guerra entre el Brasil y Buenos-Aires; debiendo añadirse al apuntar tan sensible noticia, que la primera de dichas Naciones, el imperio brasileño, tiene ajustado un tratado de alianza con la República de Chile, que acaso hiciera intervenir á dicha Nación en la lucha entre aquellos países. Doloroso sería que esas guerras vinieran á alterar la tranquilidad que en la mayor parte de los países americanos se goza hoy, sólo turbada en Honduras, donde había sido preso el Sr. Arias y encargado del Gobierno el presidente Leiva, que con el apoyo de fuerzas de otras secciones del Centro-América esperaba mejorar la situación del país.

Desaparecidos, en fin, los temores de rompimiento entre otras Naciones americanas, y no siendo aún un hecho los de que hacemos indicación más arriba, posible es que continúe inalterable el bienestar en los pueblos nuestros hermanos, en algunos de los cuales se pretende consolidarle y fortalecerle todavía más en la reunión conferencial, para que eran invitados los presidentes todos del Centro-América.

La insurrección cubana que, por fortuna, decrece evidentemente, no ha ofrecido nada de muy notable en la última quincena. A lo más, la muerte del *soi disant* ex-presidente Manuel Céspedes, acaecida allí donde huyendo de sus perseguidores se había asilado en unión de un negro emancipado, que ha sido su delator; pero aún esa noticia no tiene gran importancia, porque Céspedes carecía ya de ella entre los sublevados de la manigua.

La llegada del marqués de la Habana al territorio de su mando había sido muy bien saludada en la opinión en Cuba, y la proclama, cuyo contenido sustancial se ha anunciado, está inspirada en los mejores principios de Gobierno; en los que ofrecen garantía á la causa del orden, que es la de todo pueblo verdaderamente civilizado.

* *

Terminaba mi anterior Revista impresionado por el deseo de conocer pormenores de las acciones sostenidas en las inmediaciones de Bilbao en los últimos días de Marzo, y fué aquel satisfecho con bien tristes nuevas.

Las bajas habían sido grandes; generales y jefes, tanto de los enviados por el Gobierno á combatir con los carlistas, como de los que á éstos mandaban, eran gravemente heridos, y aún alguno del ejército republicano, y más todavía de las huestes absolutistas, han muerto á consecuencia de sus heridas: los oficiales habían padecido, y el valiente ejército del Gobierno no tenía muchas menos bajas que los carlistas.

Después de los combates de que ya se hacía indicación en dicha Revista, el fuego ha continuado cambiándose de trincheras á trincheras; pero más para que pudiera decirse que el fuego seguía, que por esperar gran resultado de tal prosecución.

Las noticias de convenio entre las fuerzas liberales y las carlistas, que circulaban como rumores, comenzaban á desaparecer al anuncio de que un capitán general conservador iba á mandar el tercer cuerpo de ejército del Gobierno y á conferenciar en Somorrostro con el mariscal Serrano; pero los viajes repetidos de diferentes caracterizados personajes de la situación ó de entre sus amigos, volvían á dar consistencia al pacífico rumor.

Otros más pesimistas echaban á volar la palabra crisis, y quien estas líneas traza, que tiene la debilidad de pensar siempre mal para acertar casi siempre, no hubiera podido asegurar que no había disensiones en el seno del Gabinete, si nuevos sucesos no confirmaran la excisión.

El ministro de Marina, ocupado también en el Norte de las tareas propias de la guerra, vino para Madrid á conjurar los efectos de la crisis, y celebrados Consejos de ministros, conferencias particulares con algunos de ellos y con amigos de la situación, el motivo de la crisis se reconocería pueril, ó las explicaciones serían bastantes, ó si la cuestión era meramente personal, que todo pudiera suceder, se trataría de hacerla desaparecer; ello es, que el almirante Topete ha necesitado cuatro días de contemplaciones; pero al fin ha cumplido fielmente su misión, convenciendo á los disidentes de que una ruptura, que podría llamarse oficial entre los elementos que constituyen el Gobierno, daría, en las presentes circunstancias, mayor potencia y brio á los que combaten en el Norte contra el ejército liberal.

Las operaciones militares, poco menos que suspendidas porque el temporal que reina en la costa cantábrica impide todo movimiento, deberán sin duda alguna recomenzar brevemente, si no son exactos los anuncios de convenio que circularon días há en diferentes periódicos nacionales y extranjeros.

Y si los mortíferos disparos de la fusilería y los terribles estragos causados por el cañoneo siembran de desventurados heridos y dichosos cadáveres el suelo vascongado, consolémonos de tantas desdichas con una idea edificante: que las penalidades de la guerra se alivian en gran parte con los bienhechores donativos y esmeradas atenciones de la caridad ejercitada por los corazones nobles y bondadosos, que hacen á todas las clases de la sociedad acudir solícitas á restañar la sangre de las mortales heridas, merced á dádivas abundantes y obsequios repetidos.

Las suscripciones abiertas por los representantes oficiosos de España y las particulares que en Lisboa, como en Londres, en París,

como en Roma se han iniciado, agradan no ménos á las almas generosas, porque aprenden en hechos (aprendizaje más elocuente que el de los libros) que el sentimiento humanitario se extiende y agranda á medida que los desdichados tienen que esperar de él. ¡Bendita sea la caridad!

15 de Abril.

EDUARDO DE CORTAZAR.

REVISTA DE ARTES Y LETRAS CONTEMPORÁNEAS.

SUMARIO. — Un libro de Darwin. — Otro de Flauvert. — A propósito de cierta obra de Jules Simon. — Mr. Legouvé y un vecino suyo. — Los estrenos en París. — *Le Sphinx*, drama de Feuillet. — Mademoiselle Croizette y la prensa parisiense. — Más estrenos de Dumas, Labiche, Darut, Gondinet, etcétera, etcétera. — En Lisboa. — *Desde el umbral de la muerte*, comedia de Rubi. — Zarzuelas de Serra. — La señorita de Bengoechea. — *Don Fernando el Emplazado*, ópera de Zubiaurre. — Varias noticias.

De querer dar noticia de cuanto se publica, compone, dibuja, colorea y modela por los más acreditados escritores y artistas nacionales y extranjeros, habría necesidad de bastante más largo espacio que el que en esta publicación podemos dedicar á las artes y las letras contemporáneas.

Sin embargo, tratando de dar idea aproximada siquiera de algo de lo más notable que por uno ú otro concepto de los expresados se produzca, debemos mencionar un libro de Mr. Darwin, cuya edición francesa, titulada *L'expression des émotions chez l'homme et les animaux*, acaba de dar á luz la librería Reinwald.

Los libros de Darwin están dando en qué pensar á científicos y naturalistas por las particularísimas teorías que acerca de la descendencia ó enlace del hombre y el mono sustenta, y por las extrañas ideas que respecto á diferentes puntos, basados en las ciencias naturales, emite y sostiene; y aunque no es la nueva publicación darwiniana la más notable del escritor inglés, acaso está llamada á ser la que caiga en manos del mayor número de lectores, por la materia á que se refiere.

Según el autor á quien comentamos, las diferentes maneras de expresar afectos de pena y dolor, alegría y satisfacción, indiferencia y estoicismo, es igual en todas partes y en todo tiempo, de lo cual deduce que todas las razas humanas proceden del mismo origen.

Revestido todo de una forma agradable, no se hallan en el nuevo libro de Darwin tanta inconveniencia irreligiosa como en algunas otras producciones del propio escritor; pero aun así, vense en aquel vertidas especies que no se puede ménos de rechazar á nombre de ciertas recomendables creencias y opiniones.

* *

Otro libro muy notable, entre diversas razones, porque estaba anunciado al mundo literario hace más de veinte años, es *La Tentation de Saint-Antoine*, de M. Gustave Flauvert, autor de *Le candidat*, comedia de que traté en mi Revista anterior.

Diversos pasajes del libro, en Alejandría y Bizancio ocurridos, ya describiéndose la llegada de la reina de Saba y sus tiernas caricias al severo eremita, ya la famosa ciudad oriental, refugio de Marco Antonio y poblada de grandes construcciones, y las sensaciones que allí experimenta el asendereado cenobita, son excelentes.

Diferentes licencias se permite M. Flauvert, que ignoramos por qué se las consiente á sí propio. Respecto á hechos históricos ó á puntos en que las opiniones son más generalmente contestes, deber es de los escritores respetar unas y reseñar y no más los otros. Por tal motivo, no será grande la recomendación que hagamos de una obra notable y digna de elogio por diversos conceptos.

* *

A propósito de otra obra más, notable también, debida á M. Jules Simon, el ex-ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes de la República francesa, ha dado á luz en *Le Temps* de París un delicioso artículo el celebrado publicista M. Legouvé.

Un animado é ingenioso y chispeante diálogo, sostenido por Le-

gouvé con un su vecino, en ocasion en que tiene éste á su mesa al M. Raymond (que así se llama aquél), y un niño de ocho años, educado bajo el más rígido sistema de obediencia, es el medio de que se vale el académico autor para tratar graciosamente de la educación infantil.

M. Raymond impide á su hijo que tome más asado cuando el niño pregunta tímidamente si podrá obtener un poquito más, « porque había comido seis bocados; » y luego le concede para postre uvas, siempre que no sean más de « siete granos. »

Por los anteriores detalles, se comprenderá que el artículo de M. Ernest Legouvé está sembrado de las chanzonetas y consideraciones más amenas; y siendo él, como de su escrito se desprende, partidario de que á los niños se les enseñen los perjuicios que ellos mismos se causan marchando por el camino del mal, y « estando destinados á vivir, dice, para ellos mismos, » cree debe dejárseles cierta libertad para que á sí propios se enseñen los que comienzan á vivir por la mejor escuela: la de la experiencia.

Más claro: escarmentando es como cree el escritor que aprenden mejor los niños los inconvenientes del mal y las molestias que lo nocivo causa.

No le falta razon á M. Legouvé en su escrito, cuya ligereza cautiva y cuyo estilo seduce; pero tampoco deja de tener inconvenientes ese sistema, que al decir del mismo, constituye « el arte de enseñar á los niños á vivir por sí solos, » sin que los padres vivan hasta dentro del estómago de sus hijos, para decidir « de cuando tienen éstos hambre, cuando no la tienen ya, y de qué han de tener deseo. »

Cuando ménos por la gracia que resplandece en el artículo, merece ser leído atentamente.

* *

Como escuela de costumbres, como punto de reunion, como lugar de recreo, como quiera que se considere el teatro, preciso es confesar que en el dia tiene una importancia que no le faltó en la clásica Grecia, en la Roma antigua ni en ningun pueblo civilizado medianamente siquiera.

La importancia que en la Nacion transpirenáica tiene hoy, se condensa á las noches de estreno. Asistir á *une première*, como en Francia dicen á las primeras representaciones de obras, es causa de gran regocijo para los que en tales solemnidades no son fijos: asistir á todas las *premières* es ya la necesidad de artistas, literatos y de ese círculo especial formado de espectadores que rara vez concurren al teatro en noches en que no hay estreno.

Así es que la prensa parisiense da cuenta circunstanciada, con más ó ménos extension, segun el éxito de las piezas ó su mérito exigido, de todos los estrenos realizados.

En ella vemos descripciones de los más recientes, y uno de los que más la han ocupado es el del drama de M. Octave Feuillet, *Le Sphinx*, puesto en escena en la Comedia Francesa, cual allí llaman comunmente á la primera escena dramática, cuando no la titulan, como carteles y anuncios, Teatro Francés, ó de algun otro modo convencional, inventado por la fantasía.

La nueva obra del notable escritor de *Le roman d'un jeune homme pauvre*, parece ser inspirada por cierta novela — *Julia de Trécœur* — debida al mismo autor, haciendo de aquella mujer incomprendible, mitad buena y mitad no, la heroina del nuevo drama, presentada ahora al público bajo el nombre de Blanche de Chelles.

La protagonista puede ser *la esfinge* por sus extrañas condiciones, tan inclinadas á las más altas virtudes como al más loco aventurerismo, y puede serlo tambien la figura que en una sortija lleva constantemente la indescriptible Blanche.

Cuando ésta se persuade de que su conducta con su mejor amiga no es leal; cuando comprende que la pasión que siente por el marido que ella misma buscó á su íntima y querida Berta debe tener un castigo, adopta una heroica resolución y toma ella misma el veneno que, contenido en la sortija de la esfinge, llegó á pensar en que lo bebiera disuelto en agua su amiga de siempre, convertida por la pícara y adúltera pasión en inconsciente rival.

En general, el nuevo drama del autor de *Dalila* es juzgado benévolutamente, y aunque se le reconoce inferior á otras producciones del académico escritor; sobresaliendo la forma brillante y cuidada

del diálogo, algunos detalles delicados y escenas determinadas del drama, cuyos actos tercero y cuarto son de más interés y efecto que los dos primeros de la obra.

Lo sensible es que tambien en ésta presente Feuillet, á imitación de Dumas (hijo), Gondinet y tantos otros escritores franceses contemporáneos, escenas de adulterio nada edificantes. El teatro así, más pervierte que corrige.

* *

La prensa toda parisiense hace grandes elogios del modo con que mademoiselle Croizette muere en el cuarto acto del drama de que nos ocupamos. De tal realismo reviste aquella terrible escena, que de jóven, bella y graciosa que la actriz es, se torna en repugnante y aterrorizadora figura cadavérica en el acto cuarto de *Le Sphinx*.

Algun periódico ha dicho que jamás actriz ni actor alguno caracterizó en la escena la agonía de la manera tan terrorífica como muere mademoiselle Croizette en dicho drama; acerca sólo de tan realista muerte, ha publicado en el periódico científico *L'Union Médicale* todo un artículo un escritor que con la firma ó pseudónimo de *Dr. Dramaticus* casi evidencia que mademoiselle Croizette ha debido consultar acerca de los efectos de la muerte á más de un facultativo, diferentes volúmenes y acaso examinar envenenados.

Como el carácter francés de todo saca partido para chanzonetas y burlas, debe citarse tambien aquí la gracia y el *sprit* con que el artículo de Dramaticus está escrito. Hay en él diferentes observaciones felices y chistes de muy buen género; y para concluir de hablar del drama de Octave Feuillet, *Le Sphinx*, y de su desempeño, copiaremos un pequeño diálogo que acerca del mismo por mademoiselle Croizette hallo en un diario perteneciente á lo que llaman en Paris *la petite presse*.

— Vamos, y ¿qué dice V. de la interpretacion del drama?

— ¿Qué? Sencillamente que el director de la Morgue (1) debe hacer poner sobre los cadáveres: *Se prohibe la reproduccion*.

* *

De los demás estrenos verificados en Paris, el de un drama de Dumas padre, y corregido luego por Dumas hijo — *La jeunesse de Louis XIV* — ha proporcionado á sus autores comanditarios un mediano triunfo, ó sea un *succès à estime*, en el teatro del Odeon; el de *Madame est trop belle*, del fecundo Labiche y de Daru, en el teatro del Gimnase, tampoco ha alcanzado éxito extraordinario; la letra de la ópera (*féerie*) *La belle au bois dormant*, debida á Clairville y Busnach, no ha obtenido otra cosa que una benevolente acogida del público del Chatelet, que aplaude, en cambio, la música, de Litolff, á la vez que la crítica la elogia con prodigalidad; y entre las piezas en un acto, la más celebrada es *Le Homard*, vaudeville de M. Gondinet, que causa el regocijo de los espectadores del Palais-Royal por su gracia, ligereza y *vis* cómica, é indudablemente quedará en el moderno repertorio cómico-dramático, para solaz de quien asista á la representacion de tan lindo juguete ó comedia, como debía titularse.

Les parisiennes, letra de MM. Jules Moineau y Victor Koning, y música de Vasseur, del aplaudido compositor de *La timbale d'argent*, conocida su música en Madrid en los teatrillos cancanescos, y aplaudida con justicia, y letra y música con el título de *La copa de plata*, tuvo un éxito desgraciadísimo en los Bufos Parisienses, y por el mismo estilo han sido los de otras obras de que ya no haremos mencion.

* *

Antes de ocuparnos de los teatros de Madrid, diremos que en Lisboa se ha estrenado una obra de magia *As proezas de Satanás*, del Sr. Joaquin Augusto de Oliveira, la cual ha agradado mucho al público del teatro lisbonense del Príncipe Real. *Os salteadores da floresta negra* es un drama con situaciones de muy buen efecto, que se representa con aplauso en el propio coliseo.

* *

(1) Sabido es que la Morgue es el punto donde en Paris se exponen al público los cadáveres de suicidas hallados en el Sena, etc., etc.

Desde el umbral de la muerte, es la más importante de las obras puestas en escena en Madrid en los últimos quince días.

Su autor, «el vate de la fortuna», como se le llamaba cuando escribía *El arte de hacer fortuna*, *La rueda de la fortuna* y otras producciones que la obtenían y buena en el teatro de la calle del Príncipe, nos ha dado una linda comedia del género dramático delicado. El acto primero es un cuadro de familia muy bello, y los dos siguientes, si no despiertan un interés vivo y creciente, atraen lo bastante el ánimo del espectador para hacer pasar la noche muy agradablemente.

El conocimiento de la escena, la práctica teatral y dramática suple en muchas ocasiones á lo enredado de la fábula, y esto sucede en la comedia *Desde el umbral de la muerte*, la cual resulta en fin con un conjunto simpático, que tiene escenas tiernas, y que sin algunos detalles de carácter impropios, pero compensados con otros que fijan perfectísimamente la fisonomía de personajes como el del rudo marinero Gamboa, sería una obra para acreditar muy bien á un escritor.

Desde el umbral de la muerte no es la mejor comedia de D. Tomás Rodríguez Rubí; pero puede figurar dignamente al lado de diversas producciones que han valido al ex-ministro de la reina doña Isabel abundantes aplausos y alabanzas.

De Serra, del celebrado Serra se estrenaron tres zarzuelas en un acto en el domingo de Pascua florida, que acreditan que el talento, cuando es grande, el ingenio, cuando es travieso, y la gracia, cuando es ingénita, no se extinguen, á pesar de las dolencias más crueles; y Serra doliente, Serra sufriendo, Serra imposibilitado, nos ha dado una nueva muestra de sus excelentes condiciones para escritor dramático.

Las últimas zarzuelitas estrenadas en el coliseo de la calle de Jovellanos han tenido una acogida fría para lo que Serra debía esperar del afecto que inspira su situación dolorosa; ¡pero el público es tan exigente!....

La música de dos de dichas obras—*Flor de los cielos* y *El gran día*—se debe á la distinguida señorita doña Soledad Bengoechea.

Se conoce que en la buena escuela italiana y en la no inferior alemana se ha educado musicalmente la señorita compositora, y así se deduce de la habilidosa combinación del instrumental, de la gran preferencia que en esas obritas da al suave y armonioso de cuerda, y en la belleza clásica de más de un acompañamiento orquestal.

Un acontecimiento artístico es la representación de una ópera española, y eso ha ocurrido en la noche del domingo 5 de Abril en el teatro de la Opera nacional de Madrid.

La *partitura*, del maestro español D. Valentin Zubiaurre, era ya conocida de la gran mayoría del público filarmónico de Madrid por haberse cantado hace dos años por notables aficionados y algun aplaudido artista en el teatro de la Alhambra.

Pero ahora se ha cantado en italiano, vertida á la dulce lengua del Dante y de Petrarca, por Castelvécchio y Palermi, la letra española escrita por D. Mariano Capdepon.

Juzgada ya públicamente con elogio la obra del maestro vascongado Zubiaurre, tan sólo deber del cronista es mencionarla en esta Revista, congratulándose de que obra tan recomendable, tan original en su concepción y desarrollo musical y tan superior á algunas de las primeras que escribieron en sus primeros años compositores que gozan de nombradía, figure hoy ya en el catálogo de las óperas disponibles para que en lengua italiana pueda darse á conocer á los públicos todos que gustan de melodías fraseadas en el idioma del cantor de Beatriz y del que cantaba bellezas y desdenes de su Leonor.

Y una vez invertido el espacio que á la crónica artístico-literaria podemos dedicar hoy, me limitaré ya á dar unas cuantas noticias sin orden ni concierto alguno.

Verdi, el enaltecido por igual que censurado Verdi, ha terminado una ópera con el título de *Héctor Fieramosca*.

La biblioteca de la Escuela Nacional de Música se ha enriquecido con 486 tonadillas nacionales del siglo pasado y 65 tomos de obras escogidas del xvi, debidas á Morales, Orlando de Lasus, Clemente, Adriano Villaert, Ferdinandi, Criquillon, Stesfuhani, Lupus, Courtois y á otros varios compositores.

De D. Fernando Alvarez ha hecho un retrato el notable artista Dióscoro Puebla con destino al Congreso de Diputados, y para el Ateneo de Madrid uno de Olózaga, copia de otro pintado por Gisbert, D. Ceferino Araujo.

M. Hebert, con destino á la iglesia de un pueblo de Francia, ha concluido una Virgen que está llamando grandemente la atención en la galería donde se halla expuesta en París (de Coupit), como así bien la llama una esclava, de grandes dimensiones del celebrado Breton.

El cuadro de Hebert ostenta una singular poesía, que hay quien dice no dió hasta ahora pintor alguno, Murillo inclusive—decir es—á la interesante fisonomía de la dulce madre del Redentor.

Otros varios cuadros de Breton son también celebrados por los aficionados que acuden á las exposiciones particulares en tanto se inaugura la oficial de 1874.

Y por último, el escultor D. Elías Martín, en cuyo estudio se ven concluidas dos esculturas—Sapho y una bacante—notables ambas por sus justas proporciones, conveniente expresión fisonómica y corrección de contornos, se ocupa en la modelación de otra de gran tamaño, de que en su día tratará más detenidamente

EL BARON DE PRIVEL.

12 de Abril.

LETTRES

A UN MEMBRE DE L'ACADÉMIE DE SAINTE-CROIX

sur les études qui peuvent convenir aux loisirs d'un homme du monde.

CINQUIÈME LETTRE.

LA GRANDE LITTÉRATURE CLASSIQUE.

MON CHER AMI,

Vous me faites une observation très-juste assurément, à laquelle je m'attendais, et vous provoquez des éclaircissements tout à fait nécessaires: c'était bien aussi mon intention de vous les donner.

Vous me dites que j'ouvre largement devant vous la littérature du passé, mais bien peu celle du présent; que mes prédilections sont manifestement pour les grands siècles et les grands auteurs classiques: vous ajoutez qu'il faut bien cependant être de son époque, et connaître, plus que je n'ai paru le permettre, la littérature de son temps et de son pays. Je vais vous répondre catégoriquement sur ces deux points, sur mon goût très-évident et très-avoué pour le grande littérature, dite classique, et sur ma réserve très-sévère et très-motivée à l'endroit de la littérature contemporaine, d'une partie du moins; car vous pouvez vous souvenir que je vous ai déjà cité plus d'un nom contemporain, et j'en aurai d'autres encore à vous signaler, et d'illustres, quand je vous parlerai de la philosophie et l'histoire.

Quant à la littérature classique, il y a quelque temps, une grande insurrection dans notre pays s'est faite contre elle; une école novatrice, qui semblait vouloir ne faire dater l'esprit humain que d'elle-même, et prétendait renouveler entièrement la république des lettres, proscrivait avec un suprême dédain et ne prononçait que comme une injure ce nom de classique. Ces excès ont été de courte durée. Les grands hommes du passé sont restés debout sur leur piédestal indestructible, et le soulèvement aujourd'hui paraît apaisé. Cependant, les théories romantiques, si elles ne s'étalent plus aussi bruyamment dans les livres, en fait règnent encore dans un grand nombre d'esprits, et pénètrent plus ou moins une partie considérable de la littérature contemporaine. C'est pourquoi il importe

de se mettre en garde contre elles, et de maintenir sur ce point les vrais principes.

Je le proclame donc bien haut, mon ami: j'aime la littérature des grands siècles: et les auteurs que je conseille par-dessus tout aux hommes du monde désireux de nourrir en eux, par de saines lectures, le vrai goût littéraire, ce sont nos grands auteurs classiques.

Mais expliquons-nous sur ce nom de classiques: que veut-il dire au vrai?

Il n'y a pas là de mystère: par littérature *classique*, on entend simplement la littérature étudiée dans les *classes* pendant le cours de ces études qui se nomment les *humanités*: HUMANIORES LITTERÆ. On désigne par là, dans les trois langues et les trois littératures, grecque, latine et française, les grands auteurs, les grands maîtres; car il était naturel que, pour former la jeunesse, on ne s'adressât pas aux médiocrités, mais aux modèles.

Ce qu'il faut donc bien entendre, c'est que, si ces trois langues et ces trois littératures, grecque, latine et française, ont été choisies pour servir de fondement au cours d'humanités et sont devenues classiques en ce sens, c'est que ces trois langues sont les plus belles que l'homme ait jamais connues, et celles aussi qui ont été le plus magnifiquement parlées; c'est que les plus beaux génies de l'humanité les ont employées; c'est que les hommes qui ont fixé ces langues ont été *les princes de l'esprit humain*.

Trois langues, selon la remarque de M. de Maistre, furent consacrées au Calvaire, et ont été le langage de l'inspiration divine dans les Prophètes, dans les Apôtres et dans l'Église. Eh bien! deux de ces langues sont langues classiques: le grec et le latin.

Indépendamment de ce caractère que je pourrais appeler sacré, la supériorité littéraire du grec et du latin est partout reconnue; et quant au français, qui est la troisième langue classique, il a pris un caractère d'universalité visiblement providentiel; et quoique l'espagnol, l'italien, l'anglais, l'allemand, aient de grands mérites, et en quelques points une certaine supériorité sur le français, le jugement de l'Europe place la langue française immédiatement à côté du grec et du latin au premier rang. Ces trois langues ont donc été à bon droit choisies pour servir aux *humanités*. Une quatrième seule pourrait y être adjointe: c'est la langue hébraïque, instrument propre des hommes inspirés, source par conséquent de la plus haute et de la plus belle littérature qui soit ici-bas.

Quant aux siècles de Périclès, d'Auguste et de Louis XIV, ils seront toujours considérés comme les trois plus brillantes époques de l'histoire, et celles qui ont offert le concours simultané des plus éminents génies dont le genre humain s'honore.

Le docteur Blair, après avoir remarqué qu'à certaines époques de l'histoire, la nature semble avoir fait un effort extraordinaire pour produire à la fois les plus beaux génies en tous genres, ajoute: «On distingue surtout trois de ces siècles heureux: le premier est le beau siècle de la Grèce, qui commença vers le temps de la guerre du Péloponèse, et s'étendit jusqu'au règne d'Alexandre le Grand: dans cette période (avant laquelle Homère et Hésiode avaient déjà paru) brillèrent Hérodote, Thucydide, Xénophon, Socrate, Platon, Théophraste, Démosthènes, Eschine, Lysias, Isocrate, Pindare, Eschyle, Euripide, Sophocle, Aristophane, Ménandre, Anacréon, Théocrite,» —auxquels il faut adjoindre Esopé, Lucien, Plutarque, et plus tard les grands noms de saint Jean Chrysostome, de saint Basile, de saint Grégoire de Nazianze, etc. — «Le second de ces beaux siècles est celui de Rome, compris sous les règnes de Jules-César et d'Auguste: il nous offre Catulle, Lucrèce, Térence, Virgile, Horace, Tibulle, Propertius, Ovide, César, Cicéron, Tite-Live, Phèdre, Salluste, Varron,» —auxquels il faut adjoindre C. Nepos, Sénèque, Juvénal, Pline et Tacite. — «Le troisième enfin est le siècle de Louis XIV, pendant lequel fleurirent en France: Descartes, Corneille, Racine, Molière, Boileau, La Fontaine, J.-B. Rousseau, Bossuet, Fénelon, Fleury, Bourdaloue, Massillon, Pascal, Malebranche, La Bruyère, Mme. de Sévigné...»

Quels noms! mon ami, quelle lignée! En laissant de côté ceux dont le génie n'est pas de premier ordre, ou qui l'ont déshonoré par la licence, ces noms groupés ainsi comme au hasard, et ne présentant que quelques hommes éminents dans trois périodes isolées de de l'histoire du monde, résument toutefois, ou l'a dit et avec rai-

son, l'origine, l'état de vigueur et la consommation de toute culture littéraire: tragédie, comédie, fable, peinture de mœurs, philosophie, éloquence, histoire, épopée et poésie lyrique. Tout genre peut trouver parmi ces hommes le génie qui l'a créé et qui l'a fait fleurir, ou qui l'a le plus honoré. C'est ce que tous les siècles et tous les peuples civilisés ont reconnu, et nous serions infini si nous voulions recueillir les nombreux témoignages que la postérité a rendus à la littérature attique et romaine, et à la littérature classique de la France, associée depuis le siècle de Louis XIV à la gloire de ses devancières.

Enfin, si nous envisageons les rapports que ces trois belles littératures ont entre elles, nous verrons que la littérature grecque a eu sur la littérature latine la plus heureuse et salutaire influence, et que toutes deux, à leur tour, n'ont fait que transmettre à la littérature française le précieux héritage d'un bon goût et d'une raison saine et élevée. On ne saurait rien imaginer de plus éclatant que le spectacle des lettres romaines, formées et épurées par la littérature grecque; et on peut même douter si, abandonnée à elle-même, Rome aurait un Cicéron à opposer à Démosthènes, un Virgile à nommer après Homère, un Tite-Live, un Salluste, un Tacite à comparer à Hérodote, à Thucydide, à Xénophon. La France, de son côté, n'aurait pas eu (on peut au moins en douter aussi) un troisième siècle à inscrire dans les annales du monde après ceux de Périclès et d'Auguste, si les Corneille, les Racine, les La Fontaine, les Despréaux, les Bossuet, les Fénelon, les La Bruyère n'avaient pu profiter des leçons des grands maîtres d'Athènes et de Rome.

Quoi qu'il en soit, il suffit d'avoir nommé simplement ces hommes pour montrer de suite et sans longs discours que la grande illustration de l'esprit humain est là, et qu'il n'y a pas à s'insurger contre une telle gloire.

Les hommes illustres dont je viens de citer les noms sont évidemment les sommités, les princes, comme les a appelés Cicéron: *patricii*, et leur gloire assise sur l'admiration des siècles, ne périra jamais. Ceux qui viennent au-dessous d'eux sont plus ou moins la foule, *plebs*, une moins bonne compagnie.

Je ne crains pas de dire qu'après les hommes inspirés du ciel pour enseigner les choses de l'ordre surnaturel, ces grands esprits viennent immédiatement. Il ne faut pas craindre de dire que c'est de Dieu même que leur venaient leurs grands dons, et ce qu'on pourrait appeler l'inspiration naturelle du génie, pour jeter la lumière sur les choses de la nature, comme les prophètes et les apôtres ont été d'une inspiration surnaturelle, pour annoncer les vérités de la grâce. C'est là le trésor de la terre après la Bible, qui est le trésor du ciel; c'est ce que nous avons de plus précieux parmi les richesses de l'esprit humain.

Il y a d'ailleurs de cette royauté intellectuelle, incontestable, une raison qu'il importe de bien comprendre, et qui vous expliquera, mon cher ami, ma prédilection pour une littérature qui est vraiment la source du beau et l'école du goût. Cette raison, elle est dans une théorie littéraire que j'ai exposée au second volume de cet ouvrage, et que je vais simplement rappeler.

Le génie, ai-je dit, est moins une faculté à part, dans l'homme, qu'une harmonie, un équilibre des facultés, à un certain degré d'élévation et de force. Mais quelle que soit la faculté qui domine les autres, et fait la spécialité du génie, ce qui en est le fond, l'élément premier et essentiel, c'est la raison. Et cela est vrai du génie littéraire comme de tous les autres génies.

Il y a en nous trois facultés littéraires principales: *la raison, l'imagination, la sensibilité*, et une quatrième qui est au service des trois premières: *la mémoire*.

Le point capital à comprendre ici, et que l'école novatrice a méconnu, c'est que la faculté qui doit tout dominer, tout régler, tout gouverner, dans les lettres comme partout, ce n'est pas l'imagination ni la sensibilité, si brillantes et si généreuses qu'elles soient: c'est la raison.

La raison, voilà la faculté maîtresse dans l'homme; c'est elle qui est la vérité, la lumière, le soutien, le guide de toutes les autres facultés.

Non pas la raison froide, pauvre et nue, étroite, timide, rigide; mais la raison juste, forte, large et lumineuse; la raison, c'est-à-dire le *rectè sapere* des anciens, le sens, le jugement, l'intelligen-

ce. C'est cette raison qui est incontestablement la première et la plus haute puissance de l'âme; sans cette raison, tout est vain, tout est creux, tout est dans le faux et dans les ténèbres.

La sensibilité et l'imagination peuvent paraître dominer sans doute dans les ouvrages de sensibilité et d'imagination; mais si au fond la raison ne domine pas, si ce n'est pas elle qui guide et soutient mystérieusement l'action de ces deux riches et brillantes puissances, n'attendez pas de beautés vraies, pures et durables: il y aura un vice caché au cœur de l'œuvre.

Quand l'imagination ou la sensibilité s'élançe sans la raison, l'élan est nécessairement un écart, la sensibilité un égarement; la splendeur qui se rencontre par aventure est fautive, et ce qui reste de puissance est une force emportée qui met tout en péril.

On a dit, je le sais, et c'est Pascal: «Le cœur a ses raisons, que la raison ne comprend pas.» Cela n'est vrai que dans le sens où l'a dit Pascal, et il s'agit d'une raison froide et calculatrice, étroite et superficielle, qui n'est pas, je l'ai dit, la raison, dont je parle ici, car il ne se peut pas que la raison, qui voit le vrai des choses, soit de sa nature en désaccord nécessaire avec le sentiment quand le sentiment est dans le vrai; il ne se peut pas qu'avec une compréhension complète des choses, les raisons du cœur ne soient pas aussi celles de l'esprit.

Voilà donc le point capital et comme la clé de voûte de la vraie théorie littéraire. La prédominance sur toute les facultés de l'esprit humain appartient à la raison, et c'est elle qui les soutient toutes, et conserve entre elles l'équilibre et l'harmonie. Et les grands littératures, et les grandes œuvres littéraires, sont celles où cet équilibre, cette harmonie des facultés dans la raison se sont fait à une plus grande hauteur. Et voilà d'où vient la supériorité incontestable des trois grands siècles classiques. Les hommes de génie qui ont illustré ces siècles ont eu des facultés éminentes: une noble et riche imagination, une vive et délicate sensibilité, mais gouvernées par une haute et puissante raison; et c'est pour cela qu'ils ont eu du génie; et c'est là ce qui a donné à leurs œuvres cette beauté de forme qui en fait les éternels modèles de l'art d'écrire, et marqué les littératures classiques de ces grands caractères qu'on ne peut leur disputer.

Il le faut donc bien entendre: quoique la littérature classique soit proclamée la littérature de la raison, elle n'exclut ni l'imagination, ni la sensibilité. Jamais elle n'a prétendu dépouiller la raison des deux ornements les plus propres à la rendre belle, touchante et aimable; mais au contraire, en ne permettant pas à ces deux facultés de marcher seules, en exigeant toujours qu'elles soient unies à une raison grande et saine, elle leur donne toute leur puissance, et ne les défend que de leurs faiblesses.

Mais de même qu'elle ne veut pas qu'on isole ces facultés de la raison, elle demande aussi que la raison n'en soit pas dépouillée.

Non, nous ne rejetons pas l'imagination; c'est elle qui orne, qui embellit, qui enrichit la raison même, qui charme et qui enchante. Nous ne rejetons pas la sensibilité; c'est elle qui réchauffe, qui attendrit, qui touche, qui entraîne, qui remue profondément.

Fénelon, Bossuet, Homère, Virgile, ont une grande raison sans doute; mais aussi quelle belle imagination, quelle profonde sensibilité! Nous voulons donc l'imagination, mais belle, pure, noble, majestueuse; nous voulons la sensibilité, mais vraie, forte, constante, généreuse; et quand il le faut, sublime, héroïque, divine: nous voulons celle qui élève, enflamme le cœur, non celle qui enivre les sens. L'ivresse des sens est-elle donc si désirable?

L'enthousiasme, l'enthousiasme véritable, c'est-à-dire l'élan des âmes émues, ravies, envirées par les splendeurs du vrai, du beau et du bien, qui, après les prophètes sacrés, directement inspirés de Dieu lui-même, l'a plus connu que nos grands génies classiques? Je n'aurais qu'à ouvrir leurs ouvrages immortels, pour vous indiquer du doigt les pages où passe ce souffle puissant qui nous fait tressaillir encore après tant de siècles; mais puissant, parce que, dans leurs plus ardents transports, leur âme est encore gouvernée par cette haute et profonde raison qui n'abandonne jamais le vrai génie.

De là je le répète, ces grands caractères de la littérature classi-

que, qui vous feront peut-être comprendre, quand nous les aurons rapidement parcourus, pourquoi j'ai dit tout à l'heure cette parole, dont vous avez été peut-être un peu surpris, que les hommes de génie étaient en quelque sorte les prophètes de l'esprit humain, comme les auteurs inspirés ont été les prophètes de l'esprit divin.

Le premier de ces caractères, c'est l'unité, l'unité du génie, de la vérité, de la raison. Tous ces grands hommes qui vraiment, malgré les différences de temps et de lieux qui les séparent, des esprits de la même famille; pour vous en convaincre, prenez les deux extrémités de cette longue chaîne d'hommes éminents: Homère et Bossuet, Virgile et Fénelon; c'est partout la même raison haute et forte, la même sensibilité noble et douce, la même imagination riche et pure, la même langage élevé, clair et harmonieux; sauf l'accent chrétien et les révélations de la foi, éclairant, purifiant, embrasant Fénelon et Bossuet de lumières inconnues à Virgile et à Homère.

Le second de ces caractères, c'est l'immutabilité. Tout a beaucoup changé dans le monde depuis Homère; toutes les institutions, toutes les formes de la société, au sein desquelles les grandes littératures se sont produites, ont disparu et ne sauraient plus revivre. Cependant, ces grandes formes littéraires sont restées toujours belles, toujours vivantes; elles demeurent immuables comme le bon sens; et bien parfois que, à certaines époques de trouble intellectuel, des esprits aventureux, amoureux du changement, aient essayé de s'insurger contre elles, ces tentatives ont échoué: la littérature classique est redevenue la maîtresse du monde, le trésor des enseignements de la sagesse humaine, la source des plaisirs nobles et purs de l'esprit. On a beau faire, on ne prévaut pas contre les lois éternelles de la pensée et de la parole humaine, de même qu'on ne fera jamais vivre et durer des œuvres faites à l'encontre de ces lois.

Le troisième caractère, c'est la souveraineté, souveraineté paisible, sans faste; force pacifique qui domine par elle-même comme le génie: au fond, souveraineté toujours reconnue et indiscutable, si bien que le parallèle ici est même impossible, et que, parmi les plus ardents adversaires des littératures classiques, nul n'oserait mettre un des novateurs modernes quelconque au-dessus des grands hommes de nos grands siècles.

Le quatrième caractère, c'est l'universalité. La littérature classique, après avoir parlé les langues des trois peuples dont l'influence a été la plus générale, parle maintenant toutes les langues: c'est elle qui inspire plus ou moins tous les hommes de génie dans le monde civilisé; tous se forment ou se sont formés à son école, car, dans toute l'Europe, toute éducation libérale repose sur elle; tout ce qui s'écrit de raisonnable et de beau, tout ce qui se dit d'éloquent, vient de cette source supérieure du génie et du bon sens; car ce qui fait précisément le trait caractéristique de cette grande littérature, c'est cette admirable alliance du bon sens et du génie.

Le dernier caractère enfin, c'est la perpétuité. Depuis Moïse, qui est le plus ancien des écrivains, qui a recueilli dans la *Genèse* les premiers monuments du genre humain, et qui est, pour ainsi parler, le premier des classiques divins; depuis Moïse et depuis Homère, disons-nous, la littérature classique n'a point cessé de s'adjoindre à chaque siècle les esprits les plus élevés, les génies les plus beaux.

Et ici il importe de le remarquer à l'honneur de notre langue et de notre littérature classique: quel est le français que l'Europe parle? C'est la langue du siècle de Louis XIV, la langue de ce siècle, ajoutons-le, où brilla surtout la gloire de l'Eglise de France, et qui vit chez tous ses grands hommes la magnifique alliance de la foi et du génie: siècle où Racine, après dix ans de silence, créait *Esther* et *Athalie*, et où le grand Corneille, pour expier quelques contradictions de ses vers avec la sainteté de la morale évangélique, mourait sur un cilice et traduisait l'*Imitation*.

Voilà, mon cher ami, ce que c'est que la littérature classique; tels sont les grands caractères qui en font ce qu'il y a sur la terre de plus élevé et de plus beau, après la littérature sacrée; celle-ci, langage et éloquence de l'esprit divin, de la sagesse inspirée; celle-là, langage et éloquence du génie humain. Voilà pourquoi j'invite de toutes mes forces les hommes qui conservent encore el

goût pur des lettres et le culte du beau, à ne pas oublier ces traditions, à ne pas se désaccoutumer de ces grandes œuvres, à contempler toujours ces modèles, à se nourrir de leurs écrits, à se faire gloire au moins d'appartenir à leur école immortelle. Je n'ai nommé que les sommités, que les princes; car pourquoi, quand on ne suffit même pas à lire les maîtres, donner son temps aux hommes médiocres? Mais ce que je demande, c'est qu'on entretienne commerce avec ces maîtres; comment, en effet, sans cela, résister aux séductions et aux périls d'une autre littérature, bien différente de celle là, qui entoure, qui provoque, qui sollicite les hommes du monde, et sur laquelle, mon ami, je vous dirai enfin ma pensée dans ma prochaine lettre (1)?

(à suivre).

PRESUPUESTO PORTUGUÉS (2)

El presupuesto de un país entraña su organización social, política, económica, militar y administrativa. Así es que, estudiados y discutidos en conjunto y en detalle los ingresos y gastos públicos, bien puede decirse que se estudian y se discuten á la vez los servicios é instituciones nacionales.

El que pretenda averiguar el estado de prosperidad de una Nación, su fuerza, su poderío, los medios que cuenta y los recursos que tiene, debe acudir á su presupuesto.

El que aspire á conocer el estado de la industria, el desarrollo del comercio, el progreso de la agricultura, tiene que examinar primero el presupuesto.

El que busque con empeño los datos relativos al desenvolvimiento de la riqueza que la constituye, los hechos materiales por medio del trabajo, está en el caso de estudiar el presupuesto.

En una palabra, cuanto se relaciona con la vida nacional, otro tanto aparece consignado en ese gran libro.

No hay más que abrirlo, y al punto se ven los ingresos del Tesoro, los gastos del Estado; y como los segundos deben responder á los primeros, de aquí que abracen todos los servicios, todas las atenciones, todos los compromisos contraídos por la Nación.

El ejército, la marina y la diplomacia, que dentro y fuera del país tienen la alta misión de defender el nombre y la dignidad de la patria; la magistratura y el ministerio público, que aplican las leyes; el sacerdocio y el profesorado que enseñan la fe y los principios de la ciencia; el personal civil, que administra, vigila y recauda los intereses del Estado; la beneficencia oficial, que vela por la salud del enfermo, todo esto y mucho más aparece consignado en un presupuesto.

Los correos, telégrafos, ferro-carriles, puertos, faros, canales, el material de guerra, las construcciones civiles y militares, el embellecimiento de las poblaciones, los museos, bibliotecas, archivos y hospitales, las casas de corrección y penitenciaria, figuran como gasto ó como ingreso en un presupuesto.

Pues bien: el conjunto de guarismos que resume la manifestación interna de un país, ¿no merece ser apreciado por los ciudadanos?

El presupuesto portugués es muy parecido en su estructura al español. Aparte de la clasificación en departamentos ministeriales, que obedece al sistema político puesto aquí en práctica, las únicas diferencias consisten en que el presupuesto de gastos se divide en ordinario y extraordinario, como sucedía en España en tiempo del Sr. Salaverría.

Hay otra, sin embargo, más de forma que de fondo, pero que deberíamos adoptar en nuestro país. Todos los servicios públicos, to-

(1) Dans tout qui vient d'être dit, il n'a été parlé que de la littérature profane; mais, j'ai à peine besoin de l'ajouter, quelques-uns des Pères de l'Église offriraient même à des hommes du monde une lecture d'un intérêt et d'un ordre supérieur. C'est une grande littérature que celle des Pères de l'Église, et ils forment une partie trop considérable du patrimoine intellectuel de l'humanité, pour ne pas mériter la sérieuse attention de tout homme qui tient compte des grandes œuvres de l'esprit humain. M. Villemain a très-bien montré, dans un ouvrage célèbre, tous les trésors d'éloquence renfermés dans cette littérature, et le profond intérêt qu'un esprit élevé y pourrait trouver. Mais nous parlerons plus convenablement de la lecture des Pères, quand nous traiterons de l'étude de la religion.

(2) Del libro inédito, *Portugal contemporáneo*.

dos los impuestos, todas las organizaciones personales, figuran en el presupuesto con la cantidad votada por las Cortes ó propuesta por el Gobierno, y al márgen aparece la cita de la ley, decreto, órden ó disposición en virtud de las que se crearon y modificaron las oficinas, dependencias, arbitrios ó contribuciones. Puede decirse que el presupuesto no sólo es un resumen numérico, sino un prontuario de legislación general aplicable al Estado.

Hé aquí el resultado del que rige en Portugal para el año económico de 1873 á 1874, reducido á reales al cambio de 940 reis por duro, 188 por peseta y 47 reis por real.

PRESUPUESTO DE 1874.

INGRESOS.

<i>Contribuciones directas.</i>	Reales.
Contribucion territorial, suntuaria, alquiler de casas, industrial, bancaria, sobre préstamos, títulos y honores, minas, descuento á los empleados provinciales y municipales...	120.791.893
<i>Sello y timbre.</i>	
Registro (derechos de hipotecas), sello y timbre, capitanías de puerto, multas judiciales, intereses por la demora en los pagos, etc.....	42.293.617
<i>Impuestos indirectos.</i>	
Derechos de importacion, exportacion, tonelaje, sanitarios, cuarentena, lazareto, billetes de viajeros de los ferro-carriles, transporte de mercancías y otros locales para obras públicas.....	231.503.063
<i>Bienes nacionales y rendimientos diversos.</i>	
Correos, telégrafos, productos de ferro-carriles, administracion de los bienes del Estado.....	47.546.475
<i>Intereses de títulos de la Deuda que conserva el Estado para pignorar.</i>	
Por este concepto.....	33.625.892
TOTAL DE INGRESOS.....	475.760.940

GASTOS.

PRESUPUESTO ORDINARIO.

Obligaciones generales.

<i>Deuda.</i>	Reales.	Reales.
Deuda interior.....	100.600.287	
Deuda exterior.....	90.678.484	
Intereses de títulos que posee el Gobierno para pignorar.....	33.625.892	
		224.904.663
<i>Servicios especiales.</i>		
Casa real.....	13.000.000	
Cortes.....	1.881.757	
Intereses de la deuda flotante.....	19.656.382	
Clases pasivas.....	12.576.989	
		47.115.128
<i>Departamentos ministeriales.</i>		
Ministerio do Reino.....	39.236.798	
Negocios eclesiásticos y Justicia.....	11.151.439	
Guerra.....	72.464.723	
Marina y Ultramar.....	23.304.614	
Negocios extranjeros.....	5.276.123	
Obras públicas, comercio é industria.....	26.606.145	
Hacienda.....	30.978.173	
		209.018.015
Total del presupuesto ordinario.....		481.037.806

PRESUPUESTO EXTRAORDINARIO.

Ministerio de Marina.....	1.914.893	
Obras públicas, comercio é industria.....	26.284.680	
Total del presupuesto extraordinario....		28.199.573

TOTAL DE GASTOS..... 509.237.379

RESÚMEN GENERAL.

	Reales.
INGRESOS.....	475.760.940
GASTOS.....	509.237.379
DÉFICIT CALCULADO.....	33.476.439

ó sea el déficit del presupuesto menor de la décima parte de los ingresos nacionales. Parece que el desnivel ha de subir en Portugal por término medio de 60 á 70 millones de reales por año, no en el papel, porque ahí suele figurar para los contribuyentes en dósis infinitesimales, sino en las cuentas definitivas, rendidas por el tribunal y aprobadas por las Córtes.

El desnivel entre los gastos y los ingresos viene de antiguo en Portugal. Mucho se ha trabajado para extinguirlo; Casal Riveiro, Fontes, Pereira de Mello, Corbo, Braacamp, marqués de Avila, Serpa Pimentel y Lobo, consagraron su actividad y su inteligencia á este servicio; pero los hechos que son superiores á la voluntad de los hombres, le sostienen todavía. La construcción de carreteras, la red telegráfica, el establecimiento de ferro-carriles: el alumbrado de las costas, el fomento de la enseñanza, el material de guerra, y las luchas civiles, fueron causa del origen y progreso del déficit.

Por desgracia, no es sólo Portugal: otras Naciones se encuentran en el mismo caso. Para enjugarlo apelan á las emisiones y á los préstamos.

Constituyen los ingresos una série de impuestos que debemos enumerar.

La contribucion territorial está mal administrada y se presta á grandes injusticias. No hay amillaramientos, ni siquiera declaraciones de los propietarios respecto á la renta líquida que sacan de la tierra. Desde hace treinta años permanece estacionaria esta contribucion, á pesar del aumento de la riqueza nacional.

En España tenemos amillaramientos, más ó ménos aproximados á la verdad, y esperamos tener en breve la estadística territorial, confiada hoy al Instituto geográfico. Con tales datos desaparecerán la desigualdad en el reparto de contribuciones y la injusticia en la valoración de los productos.

En Portugal, el Instituto geográfico se halla á una altura envidiable. Así como nosotros podemos presentar al brigadier Ibañez, que es un sábio entre los demás sábios de Europa, los portugueses cuentan con el general Folque, entendimiento clarísimo é inteligencia de primer orden. Ambos son directores de estos establecimientos. En nuestro país, la triangulación del territorio y la construcción de cartas geográficas, sigue llevándose á cabo con patriótico empeño, y prívio el auxilio intelectual de los cuerpos facultativos civiles y militares, sin descuidar la estadística en todas sus manifestaciones. Portugal ofrece terminado en gran parte su importante cometido, y los trabajos geodésicos que el público y los Congresos internacionales han visto, obtuvieron con anterioridad la sancion de los doctos y el voto unánime de las Academias científicas.

Y, sin embargo, los amillaramientos portugueses son el *revés de la verdad*, porque los contribuyentes gustan más de la tradicion que de los resultados parcelarios. Aquella representa el *statu quo* en punto á contribuir, y estos obligan á todos los ciudadanos á pagar con arreglo á lo que posean.

En todas partes las ocultaciones de la riqueza encuentra partidarios y defensores.

El impuesto suntuario alcanza á las personas y á las cosas, debiendo citarse los criados varones, caballos de lujo y carruajes, ya sean estos últimos para el transporte de viajeros ó para el paseo en las poblaciones.

Los alquileres de las casas y los arrendamientos de las fincas rústicas, están gravados con el 6 por 100 para el Estado.

La industria se rige por disposiciones tributarias análogas á las de España, como que llevan la fecha del año 72. La legislación de nuestra patria está copiada, casi al pié de la letra, en Portugal. Hasta el derecho de no satisfacer durante los dos primeros años cuota imponible las fábricas y establecimientos que se establezcan de nuevo, figura en las nuevas reformas de este impuesto. Las cuotas son proporcionales á los recursos de los contribuyentes.

Los Bancos, las minas, los títulos y honores, los diplomas universitarios, cuanto constituye origen de renta, ejercicio de profesion ó garantía de nobleza, otro tanto es llamado á contribuir al Tesoro en mayor ó menor escala.

El registro de hipotecas, la trasmision de derechos reales, las sucesiones testamentarias y los préstamos á particulares, figuran entre los ingresos del Estado.

Pero las rentas más saneadas del presupuesto, son las aduanas y contribuciones indirectas.

La importancia, exportacion y reexportacion de géneros nacionales ó extranjeros, la venta y fabricacion de tabaco, los derechos de entrada del procedente de América y Filipinas, el transporte de viajeros y mercancías por ferro-carriles, el impuesto de consumos en Lisboa, el de los vinos, aceite de oliva, arroz y bebidas alcohólicas, llamado *real de agua*, y algunos especiales para obras de puerto, canalizaciones y carreteras, llevan al Tesoro cantidades importantes.

Los funcionarios públicos, desde el soberano hasta el último escribiente, ya correspondan al Estado, ó á la provincia ó al municipio, sufren un descuento proporcional á sus haberes, cuyo impuesto han tomado de España con cierto regocijo.

Llegamos ya á los gastos públicos, superiores á los ingresos, y por tanto origen de la deuda perpétua y flotante.

La deuda ¡ah! la deuda es un mal crónico que acompaña á todas las Naciones antiguas y modernas.

Desde el siglo xvi, Portugal se ve imposibilitado de subvenir á sus necesidades ordinarias con los recursos de los contribuyentes.

Las guerras y las discordias civiles aumentaron los gastos, sin que á la vez aumentaran los ingresos. Un funcionario y escritor distinguido, Lobo de Bulões, ha escrito la historia de la deuda portuguesa, su desarrollo, su progresion ascendente hasta los momentos actuales.

Portugal, como España, como Francia, como Inglaterra, viven del crédito y al crédito tienen que apelar. Ni el patriotismo, ni la voluntad pueden impedir la obra de los tiempos y de las generaciones.

La deuda perpétua portuguesa tiene larga historia, como que aparece desde el momento en que los Reyes concedían recompensas nacionales á los hombres eminentes de su país. Prueba de ello la pensión otorgada por el monarca á Vasco de Gama, fecha 10 de Enero de 1502, en testimonio de agradecimiento por sus inmensos servicios á la patria, pensión trasmisible á sus herederos.

Pero en el siglo pasado es cuando la deuda adquiere carta de naturaleza, se la considera atencion anual y obligatoria, y se la hace figurar en los resúmenes de los presupuestos. Esto no quiere decir que ántes no existiese. Existía, y en gran escala, quizás superior á los recursos del país. Los monarcas realizaban emisiones, contrataban préstamos ó amortizaban débitos.

La deuda interior en este país es una série de deudas especiales sin unificación alguna, como sucede en España. Unas proceden de indemnizaciones de la guerra civil, otras de la venta de los bienes del clero, algunas de las obras públicas, no pocas de servicios locales.

Al advenimiento del sistema constitucional en 1834, la deuda portuguesa llegaba á 1.128 millones de reales nominales, y en 1873 alcanzaba ya 6.600 millones.

Esta deuda, que tiene el carácter de perpétua, ya sea emitida dentro ó fuera del país, no es la única que existe, ni la única que paga Portugal. Se conoce la flotante, ó sea el movimiento periódico de la tesorería, los giros, los préstamos, los pagarés, las letras que acosan á la Hacienda y cuyos intereses se aproximan á 20 millones de reales.

Es decir, que Portugal satisface por intereses de la deuda:

	Millones de reales.
Interior.....	100
Exterior.....	90
Flotante.....	19
Títulos en poder del Gobierno ó de los Bancos...	33
TOTAL.....	242

Se observa que la deuda interior es casi igual á la exterior, y en buenos principios económicos no es conveniente ni oportuno que suceda. Lo que debe llamar la atencion, así en Portugal como en España, es que los intereses de la deuda se lleven la mitad del presupuesto de ingresos, haciendo imposible la marcha del Tesoro, de los Gobiernos, de los partidos y de los servicios nacionales.

Las clases pasivas, objeto de preferente atencion para los hom-

bres públicos, no forma un solo capítulo del presupuesto. Sus créditos aparecen distribuidos en las obligaciones generales y en algunos ministerios. El Gobierno ha celebrado un contrato con los Bancos para el pago de las clases pasivas, en virtud del que los referidos establecimientos de crédito abonarán para esta obligación la cantidad anual de 12 millones de reales; los militares contribuyen con la cuota por Monte-pío, importante 53.000, y el Tesoro auxilia con otros 12 millones; de suerte, que entre el Gobierno y los Bancos satisfacen á las clases pasivas, ya sean civiles, ya sean militares, ya pertenezcan á las llamadas pensionistas, todos sus haberes, sin dificultad alguna y sin retardo en el pago de las nóminas.

¿Sería conveniente ensayar este sistema en nuestro país? ¿Sería oportuno que el Banco de España, mediante un convenio, se encargase de esta obligación, que afecta á tantas familias y á tan respetables intereses? ¿Sería preferible que una sociedad de crédito, poderosa por sus elementos, querida del público por su larga historia verdaderamente nacional, por sus capitales, cuyas condiciones reunen el Banco de España, entregase los haberes á las clases pasivas?

No me atrevo á dar consejos, ni á proponer soluciones.

Una sola observación, y basta de Hacienda.

Los servicios explotados por el Gobierno, como los efectos timbrados y el tabaco, tienen una manera especialísima de llegar al público. En Portugal no hay estancos, y por consiguiente no hay esa serie interminable de aspirantes á estancieros que acosan, molestan é impacientan á los hombres públicos hasta conseguir ó conservar estos modestísimos destinos; destinos sin sueldo, es verdad, pero con premio de expendición, que viene á ser lo mismo.

Aquí, en este país tranquilo y liberal, los efectos timbrados los vende quien quiere, siempre que tenga establecimiento abierto. Los sellos de Correos se encuentran en todas las lonjas de ultramarinos y en todas las tiendas á cuya puerta aparezca un buzón de Correos.

En España, quizás tal libertad produjese mayores falsificaciones de las que ya existen, por desgracia del presupuesto y de la Nación.

El tabaco se halla desestancado, y el que venden los industriales de fabricación nacional es detestable.

Sucede lo que con los efectos timbrados. El que desea venderlo lo vende, pagando una contribución especial, sin perjuicio de otra que por aduanas satisface el artículo á su ingreso en el país. Es decir, que paga dos derechos, el de introducción y el de venta, como acontece en España con el tabaco elaborado habano, procedente de las islas de Cuba y Puerto-Rico.

Tales novedades agradan á la vista y al deseo.

Se observa que Portugal va decreciendo su déficit anterior de 120 millones de reales al año, que va aminorando los pedidos de préstamos á la banca de Londres, y que cuando llega un momento supremo, como en 1873, las fuerzas vivas del país, las clases contribuyentes, sin distinción de categorías ni de fortunas, ayudan al Gobierno y triplican con sus propios capitales el empréstito de la Nación.

Estos ofrecimientos, espontáneamente hechos, y la paz que disfrutan los portugueses, permiten esperar una época, no muy lejana, en que los ingresos y los gastos se correspondan entre sí. Por de pronto, la Hacienda pública sigue una marcha normal, ordenada, sin dificultades extraordinarias, y capaz de resistir todas las obligaciones nacionales.

MODESTO FERNANDEZ Y GONZALEZ.

PHILOSOPHIE DU SENS COMMUN

PAR

MELITON MARTIN.

CHAPITRE IV.

Des passions, des erreurs, des vices et des besoins factices.

Nos besoins ne sont légitimes qu'à la condition que l'homme le restreigne dans leurs justes limites.

Mais, quand il dépasse, dans leur satisfaction, la mesure fixée, à chaque individu, par l'ordre naturel, quand il fausse le but qui les fit imposer à chacun, ils se changent en passions, erreurs ou vices.

tout aussi nuisibles que les besoins légitimes sont utiles et providentiels.

Posons quelques exemples:

Le besoin de manger a pour but de réparer les pertes continuelles souffertes par l'organisme, c'est à dire de restaurer et de conserver nos forces.

Si, dénaturant un besoin sagement imposé, nous mangeons plus que le nécessaire, si nous consommons plus que ne l'exige l'entretien de notre organisme; si nous vivons pour manger, au lieu de manger pour vivre, l'appétit légitime devient de la gourmandise et, par suite et comme conséquence de ce vice honteux, le corps se verra exposé à de mortels dangers tels que la pléthore et l'apoplexie.

La satisfaction du besoin donne la vie; le vice (exagération du besoin) nous conduit à la mort.

Aucun doute, heureusement, n'est possible, quand il s'agit des besoins physiques; le résultat de toute infraction à la sobriété est visible et palpable; le châtement ne se fait point attendre. On dirait que la nature a horreur de voir l'homme se ravalier au niveau de la brute; elle le châtie sévèrement dès qu'ils dépassent les bornes assignées à son appétit.

Il n'en est pas de même dans les abus de l'intelligence, excès des besoins intellectuels. Le correctif n'y est ni aussi visible, ni aussi prompt; il ne se produit pas moins des maux qui, sous forme d'erreurs, amoindrissent tôt ou tard notre bien-être. Les besoins de l'intelligence doivent être satisfaits sagement par l'observation, la déduction et l'analyse.

C'est la seule manière rationnelle de les satisfaire.

En agissant ainsi, l'on arrive à acculumer, dans la mémoire, un grand nombre de vérités qui développent, sans cesse, d'autres besoins intellectuels, tendant constamment au dernier *pourquoi* de toutes choses, c'est à dire à la vérité absolue. Néanmoins, l'intelligence sous l'empire de la fantaisie, s'égare trop souvent. Elle se voit fréquemment poussée, non pas à découvrir la vérité, à force de patience, mais à *l'inventer* à sa guise; alors l'abus d'une faculté intellectuelle quelconque détruit l'harmonie, le droit chemin se perd, et des années, des siècles mêmes sont nécessaires pour corriger, par la douleur, les hommes de leurs égarements.

Donc, l'abus des besoins intellectuels conduit à l'erreur, et celui qui veut marcher trop vite ou franchir les limites naturelles de ceux qui lui incombent en partage, finira par devenir un homme à doctrines pernicieuses, un nuisible et ridicule sophiste ou un fou semant partout la tempête.

De même qu'en tout le reste, notre libre arbitre peut abuser aussi du sentiment et exagérer nos besoins affectifs; mais, en vertu de la responsabilité qui en est le complément, le châtement se montre sous la forme et sous le nom de *passions*. Une passion est donc l'exagération d'un besoin sentimental. Lâchez la bride à un sentiment quelconque et vous ne tarderez pas à voir se produire les désordres de la passion. L'amour exagéré se changera en luxure; le désir de la renommée en vanité; la crainte salutaire en lâcheté; la foi en fanatisme; l'admiration en bassesse et jusqu'à l'émulation noble qui, en s'exagérant, ne sera plus que de l'envie.

Citons, à cette occasion, un fait qui servira d'exemple et de preuve.

L'amour est un besoin qui participe, à la fois, d'une nécessité animale, impérieuse, et grossière et du sentiment le plus élevé et le plus digne. Quand l'essence en est purement animale, sans que le sentiment prédomine dans l'abus, c'est alors une véritable passion.

En somme, chaque besoin naturel, partant légitime, renferme dans son exagération une *passion*, une *erreur* ou un *vice*.

Ce n'est pas le moment d'offrir ici la nomenclature des vices, des erreurs et des passions, qui doivent leur origine à l'exagération de nos besoins. Nous l'avons dit d'ailleurs dans un précédent chapitre: la liste en est si longue, que s'il est possible de mentionner les principaux, il est presque impossible de les énumérer tous.

Ce qu'il y a de plus important et de vraiment utile c'est de prouver que l'excès dans la satisfaction de tout besoin, conséquence de notre libre arbitre, produit nécessairement un mal, résultat de notre responsabilité.

Il nous faut donc, par conséquent être bien en garde contre toute exagération dans la satisfaction de nos besoins légitimes, anges gardiens qui nous guident au bien être suprême ici-bas, au paradis possible en ce monde, mais qui, changés en vices, en erreurs ou en passions, deviennent des anges mandits qui nous entraînent impitoyablement dans un véritable enfer.

Le sage obéit, avec prudence, à tous les besoins de son être, il n'abuse de rien, en toute occasion, il observe la plus grande mesure, seule manière convenable d'accomplir ces lois naturelles plus fortes que nous mêmes.

Doués du libre arbitre, nous possédons la liberté d'action; mais nous avons aussi une responsabilité qui constitue notre grandeur et notre dignité, et c'est pour cela, que de tous les êtres de la terre, l'homme est le seul qui puisse abuser de ses facultés. L'animal qui a satisfait ses besoins s'arrête; il ne peut ni avoir des passions, ni commettre d'erreurs, ni posséder de vices. La satiété est le point d'arrêt de ses desirs.

Cette liberté et cette responsabilité, nous le répétons, constituent la grandeur de l'homme à l'école de la douleur, il ressent bien vite, la nécessité de mettre un frein à ses desirs. C'est la première révélation du sentiment moral qui le régira dans son for intérieur. Ce sentiment une fois révélé, l'idée d'*ordre* surgit d'elle même et concourt à établir et à organiser la famille, la tribu et l'état.

La douleur que nos vices nous occasionnent, nous fait comprendre la nécessité de mettre un frein à nos appétits, et donne naissance à la *morale personnelle*. La douleur que nous cause l'injustice et l'oppression dont nous sommes les victimes, nous enseignent la justice et le respect d'autrui; de la *morale de relation*.

De tout ce qui précède, il nous est facile de déduire que la morale humaine est le résultat de l'expérience et du progrès. Le sentiment moral n'est pas né, de toutes pièces, avec l'homme; c'est l'expression d'un sentiment épuré par l'expérience acquise.

La conscience, telle qu'elle est et telle qu'elle a été aux différentes phases du progrès, n'est pas née de prime abord avec l'homme; elle s'est formée, successivement, se modifiant selon les circonstances. La douleur, en nous, signalant la limite providentielle de notre liberté absolue, éveilla notre réflexion et nous fit comprendre la nécessité d'une loi morale ou de conduite. Il est logique, alors, qu'il y ait eu non seulement des mœurs humaines, mais encore des périodes historiques de folie et d'égarements, sans que ces faits puissent produire des arguments fondés contre l'harmonie de la création.

Notre libre arbitre, une fois admis, ces faits ne sont que des incidents passagers qui complètent l'harmonie universelle, et l'unique moyen dont l'homme puisse se servir pour témoigner de sa grandeur morale; et revendiquer les titres légitimes de sa supériorité sur tous les êtres.

Outre l'exagération de nos besoins qui, comme nous l'avons démontré, les convertit en vices, en erreurs ou en passions, l'homme, la femme, surtout se créent de faux besoins; besoins factices c'est à dire sans but d'utilité, sans but providentiel pour la personne qui croit les ressentir. Ce sont plutôt des habitudes que des besoins, et, le plus souvent, de mauvaises habitudes. Cependant, telle est pour le corps et l'esprit la force de ces habitudes; le manque de ce dont nous sommes accoutumés nous produit une telle gêne, sur tout les premiers jours, que tout besoin factice, non satisfait, nous rend malheureux, comme si c'était un véritable besoin.

Nous ne pourrions présenter un exemple plus éloquent de besoins factices que l'habitude de fumer. La fumée du tabac pourra, en certaines occasions, produire une excitation quelconque; mais, en général, ou elle ne produit aucun effet sur notre organisme, ou cet effet est délétère. Le vice de fumer, chez certains peuples, en est venu, cependant, au point d'être considéré comme un besoin, par la généralité. C'est un besoin, en effet; mais ce n'est qu'un besoin factice. En dépit du peu d'utilité ou de l'inutilité complète de cette habitude, elle s'impose si impérieusement, aujourd'hui, que, certains qui ne travailleraient point, en vue d'augmenter la délicatesse de leur table, le font volontiers pour pouvoir savourer un bon cigare.

Le luxe est une source abondante de besoins factices et, grâce à lui; nombre de personnes, poussées par le désir de briller et de se surpasser mutuellement, en arrivent à se persuader qu'elles ont de grands besoins. Bien que fictifs ces besoins ont, cependant, un but providentiel, ainsi que nous le démontrerons lorsque nous parlerons du luxe.

Les besoins factices sont, en général, pernicieux pour ceux qui les ressentent; mais on ne peut avancer, d'une manière absolue, qu'ils nuisent au reste de l'humanité.

Quant aux vices, aux erreurs et aux passions, c'est tout le contraire qui arrive.

Ils sont très fréquemment l'origine de maux pour tous; ils jettent le trouble dans l'harmonie de la création, et le mal n'est, en définitive, qu'un dérèglement dans l'ordre naturel si admirable et si harmonique.

Aussi, la société entière est-elle intéressée à réprimer ce qui cause un préjudice à tout le monde.

Telle est, en résumé, la différence qui existe entre les besoins factices et les vices. Les premiers nuisent aux individus pris isolément; les seconds portent une grave atteinte au bien-être général.

L'homme, le seul être libre sur la terre, peut donc abuser de ses besoins naturels. L'abus physique est un vice; l'abus intellectuel, une erreur; l'abus du sentiment, la passion. Chacun de ces abus produit le mal et le mal est le moyen choisis pour nous faire comprendre la faute et nous prouver la nécessité d'un frein moral qui, une fois reconnu, devient la base de la véritable grandeur de l'homme.

Voilà comment nos besoins et la mesure de leur satisfaction, deviennent l'origine toute morale. Voilà comment, par une suite infinie de réactions entre la douleur physique et le sentiment d'une part, et l'intelligence de l'autre, se sont formées ces idées morales que bon nombre de penseurs attribuent à l'homme de toutes les époques, comme constituant un élément de son être.

Erreur profonde qui donne naissance aux doctrines les plus absurdes et les plus fausses!

Non? ne croyons pas, avec tant d'autres, que le sentiment moral a toujours existé intégralement dans l'homme parce que, à des époques qui nous paraissent très lointaines, il y eut des Moïse, des Socrate, des Epictète, des Marc-Aurèle. L'homme comptait déjà des centaines de siècles d'existence, avant qu'aucune de ces individualités, merveilleusement, données ne proclamât quelques lois morales, fruit d'une très longue expérience.

Il fallait bien, après l'immense laps du temps écoulé entre l'apparition d'homme sur la terre, et les époques historiques aussi avancées, que des génies extraordinaires exerçassent leur pénétration personnelle, sur les faits qui les entouraient; d'après l'expérience acquise pour formuler une doctrine relativement parfaite, mais bien inférieure encore, à la doctrine morale de nos jours. Oui! la distance qui sépare les idées morales des premiers hommes de l'antiquité, de nos idées à nous est tellement grande, que ce seul fait suffirait pour en déduire que la conscience et la morale, se forment selon les temps, et sont, tout simplement, le résultat d'une longue et douloureuse expérience. De même que l'intelligence a développé ses facultés en les enrichissant sous cette, le sentiment s'est corrigé, purifié, élevé, ennobli. Comment concevoir autrement l'existence des sauvages, (même ceux que nos civilisations modernes) et celle de tout de sociétés immorales, de tant de monstres historiques? Comment expliquer, pendant des siècles, l'absence de toute conscience et de tout remords?

EL PAÍS DE LOS ASHANTÉS.

DOS MESES EN EL AFRICA OCCIDENTAL

POR

D. Juan de la Puerta Vizcaino.

CAPITULO PRIMERO.

LOS NAUFRAGOS.

Creo que fué en el mes de Marzo de 1870 cuando los periódicos de la capital anunciaron el naufragio probable del *Atrevido*, un hermoso y velero bergantín perteneciente á uno de los más ricos propietarios y armadores de Santander: el *Atrevido* hacia el comercio con la China, y estaba ya en su tercer viaje cuando aconteció el siniestro de que os hablo.

He dicho naufragio probable, porque por entonces nadie supo más sino que en el día 14 de Marzo el bergantín zarpó del Cabo de Buena Esperanza, donde había estado reponiéndose de algunas averías, y consta que se hizo á la vela contra el parecer de capitanes y pilotos experimentados en aquellos mares, donde á la sazón reinaba un temporal deshecho, por más que fuese interrumpido por algunas horas de calma.

Se ignora la circunstancia que pudo influir en la partida del *Atrevido*, pues está fuera de duda que su capitán era hombre de experiencia, y conocía todo aquel archipiélago tan bien como los rincones de su camarote.

Después nada volvió á saberse de la suerte del bergantín.

La tripulación de una fragata holandesa que entró en la ciudad del Cabo cuatro días después de la partida de aquel, declaró que en alta mar había oído dos cañonazos como de un buque que pide auxilio: destacó sus botes; exploró el mar, y nada vió.

Pudo muy bien ser la gente del bergantín ó de otra embarcación cualquiera. Es lo cierto que el *Atrevido* siguió la suerte que antes y después ha deparado el mar á tantos otros que no han podido sustraerse á sus caricias ni evitar sus momentos de ira.

Pues bien, el 29 de Marzo de igual mes, á la hora en que el último rayo del ardiente sol de Africa coronaba el ribete de las olas del golfo de Guinea, plácido y tranquilo á la sazón como los lagos italianos, un bote surcaba la movible superficie, sin que una mano experta, al parecer, guiase su rumbo, pues tan pronto se aproximaba á la costa como le impulsaba la corriente mar adentro.

La arenosa playa estaba desierta; aun cuando la brisa acompañaba al crepúsculo, no hubiera sido posible permanecer en ella ni diez minutos, especialmente á un europeo, pues los rayos del sol, perpendiculares todo el día hacían inhospitalarios sus calcinados arenales.

Pero á ser posible, desde allí con un buen anteojo hubiera sido fácil seguir las locas evoluciones del bote. Como os he dicho, giraba á merced de las olas como el borracho que sale de la taberna, describiendo rápidas curvas con balbuciente paso.

Sobre la borda se veía la cabeza de un hombre; una cabeza pálida y estenuada, donde el hambre y la calentura retrataban su más sombría y terrible expresión. Aquel hombre iba en mangas de camisa, y tan pronto se cubría con un capote de paño burdo como los que usan los marineros del Norte, como le arrojaba lejos de sí: en él luchaban el frío de la calentura y el horrible calor que despedía aquella caliginosa atmósfera. A veces también miraba hacia la costa con desesperación, y empuñaba un pedazo de remo para enderezar el rumbo hacia la tierra; pero sus fuerzas estaban tan exhaustas que apenas imprimía un leve movimiento al bote, cuando tenía que desistir de su empeño.

Entonces, no pudiendo resistir el calor, se rociaba rostró y cabeza con el agua del mar, que se evaporaba al punto sobre su curtidada tez, arrojando también parte del líquido sobre los cuerpos de otros dos hombres que en el fondo del bote, arrojados como dos fardos, abandonaban jadeantes su vida á la desesperación.

Aquellos tres infelices, que ya no oponían resistencia á las amenazas del gran Océano, habían agotado sus fuerzas, disputándole su vida durante quince días; llevaban ya setenta y dos horas sin probar alimento, y esa horrible combinación del hambre y la sed, les hacían desear la muerte. Eran naufragos del bergantín *Atrevido*, el piloto y dos marineros, únicos que habían podido escapar al terrible naufragio.

Era ya completamente de noche, cuando uno de los movimientos caprichosos del mar arrojó el bote sobre la arena de la playa, cuya quilla penetró en el suelo como un alfiler en un acerico.

Al sentir el choque, el hombre del tabardo exhaló un suspiro, exclamando: « ¡Al fin! » mientras que sus dos compañeros, incorporándose en el fondo del bote, é ignorantes de lo que pasaba, preguntaron:

— ¡Hemos encallado? ¡Mejor!... moriremos pronto...
— ¡Arriba, Damian!... ¡ohé! Jesús, arriba... estamos en tierra, dijo el piloto saltando sobre el borde de la chalupa, aunque con gran trabajo á causa de su extension.

— ¡En tierra! ¡Mejor direis en el infierno!... este calor es irresistible — contestó uno de sus compañeros de infortunio, imitando su ejemplo.

— Segun una carta que he conservado, esta debe ser la costa del oro.

— ¡Ah! ¿y no pudisteis conservar tambien un trozo de galleta y una botella de vino?

— Vamos, ¡qué diablo!... saquemos fuerzas de flaqueza; si que-reis comer es preciso marchar.

— Haremos lo que podamos... y Dios quiera que alguna tribu salvaje de estos malditos negros no pretenda cerciorarse de si aún tenemos algo de carne entre los huesos y la piel.

Aquellos tres espectros de hombres se pusieron en marcha á través del inmenso arenal, donde se les hundian los piés hasta el tobillo. La luna reflejaba sobre aquel polvo reluciente, que asemejaba la helada superficie de los mares del Polo: á su espalda, las olas del golfo se balanceaban á compás, recamando sus ribetes con una luz plateada sobre fondo azul oscuro.

No se oia otro rumor que el dulce y suave claqueo del agua.

El arenoso desierto estaba limitado al Norte por una inmensa cortina de verdura, que le encerraba como en un marco á una legua de extension, aunque la distancia parecia más ó ménos larga segun las reverberaciones de la luna. A su engañosa luz, una legua puede convertirse en dos ó disminuir en mil pasos.

Los tres marineros se detenian á lo mejor para tomar aliento; iban sudando y apoyándose unos en otros para no caer. Daniel el piloto les infundia ánimo, aún cuando el suyo decaia visiblemente al considerar los peligros que les amenazaban en tan desconocidas regiones. A su juicio, no habian hecho más que cambiar de enemigo, escapando á un solo riesgo para afrontar dos mil.

Era tal su debilidad, que emplearon más de tres horas en andar aquella legua.

Al fin penetraron en tierra firme; estaban en el lindero de un bosque de altos y corpulentos árboles, cuyas copas cerraban completamente el paso á los rayos de la luna, de tal modo, que la oscuridad era profunda.

Los dos marineros se negaron á proseguir una marcha tal vez más embarazosa que la de la playa, pues á más de la falta de luz, á lo mejor se encontraban detenidos por troncos derribados por la destructora accion del rayo, y barreras impenetrables de ramaje y maleza.

A riesgo de despertar alguna serpiente boa, se dejaron caer en el suelo: en cuanto á Daniel, se recostó en un árbol, decidido á esperar allí la luz del siguiente dia.

De pronto Damian lanzó un grito que alarmó á sus compañeros.

— ¡Qué es eso? — gritó Daniel incorporándose.

— Estamos en un bosque de cocoteros... aquí á mis piés hay fruta de esos árboles.

Estas palabras produjeron un hurra de alegría; podian comer y apagar la sed que les abrasaba.

Aquel oportuno descubrimiento le prestó fuerzas para proporcionarse una piedra, mientras tanto Damian y Jesús le aproximaron hasta una docena de cocos. Rota su áspera y dura corteza, absorbieron con avidez el licor que contenian, comiendo despues la sabrosa fruta, con más gusto que las sardinas fritas y el vino que un año ántes les brindaban las tascas del puerto de Santander.

Su hambre devoradora no se dió por satisfecha con aquel alimento; Jesús y Damian quisieron proseguir abriendo cocos; pero el piloto Daniel, que habia adquirido la terrible experiencia del hambre en el estrecho de Magallanes algunos años ántes, y que sabía adónde conducen los excesos despues de algunos días de abstinencia, se opuso tenazmente á que comiesen más.

Aquel refrigerio, aunque corto, habia restaurado algo las fuerzas y hecho adquirir confianza en el porvenir, con lo cual se restableció la disciplina de á bordo; así fué que Damian y Jesús obedecieron prontamente, resignándose á esperar los acontecimientos que no dudaban les sobrevendrian en los dias sucesivos.

Por más que la fatiga era grande, no pudieron dormir en toda la noche, siendo molestados, ya por el calor excesivo, ya por una multitud de ratones y ardillas que se paseaban por encima de ellos, lo cual arrancaba exclamaciones de ira al buen Damian, cuya naturaleza era más meridional que la de sus compañeros.

Por fortuna la noche, que es muy corta en aquellas regiones, se pasó pronto.

A las cuatro de la mañana el sol les enviaba ya sus rayos de fuego, obligándoles á partir, aunque sin direccion fija, porque en aquel inmenso bosque de cocoteros y tamarindos no habia senda posible que seguir.

CAPITULO II.

UN ENCUENTRO INESPERADO.

Daniel, que, como piloto, era el jefe de la expedicion, marcó la posicion que ocupaban con un compás sobre su carta de mar, teniendo en cuenta la situacion de la costa.

Se encontraban á los 0°5' longitud Norte, 16° latitud Oeste; es decir, que el sol caia á plomo sobre sus cabezas, por hallarse á muy corta distancia de la línea ecuatorial.

— Avancemos hácia el Noroeste—les dijo—procurando no perder de vista la costa, si es posible; de este modo conservamos la esperanza de llegar á alguna factoría inglesa ó francesa; la nacionalidad importa poco, donde podamos ser socorridos.

Peró Daniel ignoraba dos cosas: primera, que la más cercana de las factorías estaba aún muy distante del punto en que se encontraban, y segunda, que era preciso ser del país y tener un conocimiento muy práctico del terreno para seguir una direccion fija entre aquella maleza, tan impenetrable, que hacia más de una hora que avanzaban penosamente por encima del ramaje á más de dos metros de elevacion del suelo.

Sus piés estaban ensangrentados, y ya á la fatiga y al calor se unia esta circunstancia para dificultar una marcha cada vez más penosa.

Así llegaron á una especie de esplanada, cortada al Este por varias lagunas, cuyas aguas, al evaporarse, lanzaban mefíticos vapores; el bosque se prolongaba al Norte con un lujo de vegetacion verdaderamente espantoso, porque Dios sabe cuántos y qué clase de peligros podia ocultar aquella cortina de verdura.

La situacion era terrible: los pobres náufragos celebraron consejo.

Poco podian determinar, á la verdad.

La cuestion se reducía sencillamente á resolver si habian de morir allí de hambre y de calor, ó algunos pasos más allá.

Era tal su desesperacion, que Damian propuso á sus compañeros que sortearan quién de los tres debia morir y servir en cecina de alimento á los demás; proposicion que fué desechada por unanimidad, aunque cada uno pensó para sus adentros que no le sabria mal un trozo de marinero.

Una ráfaga de viento que pasó sobre sus cabezas, como si saliera de un horno encendido, hizo que Daniel levantase la vista al cielo; este estaba cubierto de una especie de neblina rojiza, pero en él no se veia ni una sola nube; sin embargo, á lo lejos se oia el zumbido del trueno, que se acercaba de una manera formidable y con la celeridad con que en el interior del África se forman y estallan las tempestades, que, aunque de corta duracion, son terribles.

— Esto es lo que nos faltaba—exclamaron los tres á una voz, buscando maquinalmente un albergue donde refugiarse.

Peró buscar un albergue en un bosque de África, es lo mismo que querer descubrir la cuadratura del círculo en un arte de cocina.

Poco á poco el sol fué perdiendo su intensidad; envolvía sus rayos una especie de bruma negruzca y súcia que recostaba su disco y permitia mirarle fijamente; el calor no cedia por eso; ántes al contrario, aumentó de tal modo, que el mercurio hubiera hecho estallar el cristal de un termómetro. Las hojas de los árboles y las de las plantas de la maleza se inclinaban místicas hácia el suelo sobre las ramas; el bosque despedía emanaciones ácras y de fuego; los relámpagos se sucedian casi sin intermision, como si un incendio espantoso estallase en el espacio con todo el lujoso séquito de las tempestades y de las convulsiones de la naturaleza.

Un bramido formidable se dejó oír hácia las lagunas: los tres marineros dirigieron sus espantados ojos hácia aquel sitio, y vieron con terror una reluciente pareja de tigres, macho y hembra, de lustrosa y listada piel, que huían del fragor de la tormenta, por entre aquellos juncos y cañaverales muchos más altos que los árboles de Europa,

De repente un trueno breve y seco retumbó en el espacio como la detonacion de mil morteros de sitio; siguió una ráfaga de huracan que barrió la tierra con las copas de los árboles, llevando entre sus invisibles pliegues montes de arena arrancados de la playa, cuyo finísimo polvo cegó por un momento los ojos de los marineros.

— ¡Ohé!—Gritó Daniel, como si hiciese resonar el pito de á bordo—todo el mundo á tierra; este chubasco de agua y arena nos va á barrenar el cuerpo.

— Tan pobre está de lastre que es muy fácil que el huracan dé con nuestros cuerpos en Europa, como si fuera papel de cigarrillos.—Dijo Damian cayendo de bruces y empujando á su compañero Jesús, el cual besaba devotamente un escapulario con la imágen de Nuestra Señora de Covadonga que pendía de su cuello.

Hubo un momento en que todo desapareció tras de una masa de agua que caia furiosa con un ruido infernal, donde se descomponia la luz de los relámpagos culebreando en todas direcciones con una continuidad tan rápida que desvanecía la vista.

Todo ello duró un cuarto de hora, al cabo del cual el sol volvió á brillar, las plantas se irguieron sobre sus tallos, y el bosque recobró su lozanía.

—¡Ah! ¡Quién tuviera la suerte de retroceder!—Exclamó Jesús, que durante la mañana había pronunciado muy escasas palabras.

—¡Retroceder! ¿Y para qué?—Preguntó el piloto.

—¡Olvidais que hemos dejado allí abajo los cocoteros? ¡A lo menos comeríamos algo!

En otra ocasión cualquiera hubiera hecho reír aquella exclamación; pero Daniel y Damian echaron mano á sus desfallecidos estómagos para quienes en aquel instante una docena de cocos hubiera hecho el efecto de una nuez.

Durante cinco minutos reinó un silencio aterrador y sombrío: aquellos infelices llevaban más de tres días sin probar otro alimento que el fruto del cocotero en la noche anterior; estaban espantosos, con el pelo encrespado sobre aquellas pálidas frentes, curtidas por el huracán y el sol de los trópicos, la barba crecida, la ropa desgarrada y sucia, los pies ensangrentados; con la calentura por compañera y la muerte por única esperanza.

En tal estado se hallaban, sin saber qué determinación tomar, fluctuando entre la blasfemia y la plegaria.

De pronto Damian exhaló un grito penetrante y aterrador; miró á sus compañeros con angustia, señalándoles un objeto que le impedía moverse.

Daniel y Jesús retrocedieron asustados, pintándose en sus pálidos semblantes un sentimiento de horror y repugnancia.

Una enorme serpiente boa había ido deslizándose sus anillos por entre las piernas del marinero sin que éste lo advirtiese, hasta que la presión del monstruoso reptil se lo advirtió, pero ya era tarde.

El animal se le había rodeado al cuerpo, y en aquel momento levantaba su chata cabeza, tal vez para herirle con más fuerza.

Damian estaba perdido irremisiblemente; no podía esperar auxilio, ni sus compañeros podían hacer nada por él; por mucha que fuera su eficacia y buena voluntad, todo socorro hubiera llegado tarde: tenían que resignarse, el uno á morir, y los otros á presenciar impasibles aquel tristísimo espectáculo, de un peligro que aparece de una manera tan imprevista é inesperada.

La situación, que apenas duraba dos segundos, era horrible; el pobre Damian sudaba de angustia; el cabello erizado sobre la frente daba muestras del terror que embargaba su espíritu: el monstruo le contemplaba con avidez, como si se recrease en la víctima ántes de herirla.

En el momento más culminante, cuando el reptil abría sus enormes fauces y llegaba ya hasta el rostro de Damian su impuro aliento se oyó la detonación de un arma de fuego, que fué repetida por los ecos del bosque; el marinero sintió un golpe en el pecho; luego advirtió que la culebra aflojaba la presión de sus anillos de acero, dejándole libres los movimientos.

Tenia la cabeza deshecha por una baqueta que cayó á los pies de Damian.

Daniel y Jesús volvieron rápidamente la cabeza.

A su espalda avanzaba un hombre con una carabina en la mano, cuya chimenea humeaba aún.

Era, sin duda, el que acababa de salvar á Damian de una muerte tan cierta como horrible.

El recién llegado se aproximó al grupo que formaban los marineros: era un hombre de mediana estatura y facciones regulares, aunque muy atezadas por los rayos de aquel ardiente sol; lejos de presentar el tipo africano, parecían las de un europeo. Caminaba completamente desnudo y descalzo; una especie de chal amarillo con listas negras le caía por la cintura, y sobre su cabeza llevaba un casquete de barro acabado de amasar, cuya parte superior, sin embargo, empezaba á secarse ya.

Damian, que había logrado desprenderse de la culebra, y ya estaba en pie, se le aproximó, remitiendo sus frases de agradecimiento á una expresiva pantomima, en la inteligencia que ni uno ni otro habían de comprenderse por medio de ningún idioma, pero su estupor, lo mismo que el de sus compañeros, fué grande é inmensa su alegría, al oír que aquel salvaje les dijo en muy buen castellano:

—Español, español, lo mismo que vosotros.

Ya podeis calcular lo que esto significaba en aquella situación; un compatriota, que conocía el país y las costumbres, era un precioso hallazgo que el cielo les deparaba.

Después de la natural expansión que en unos y otros produjo aquel encuentro, Daniel habló en nombre de sus compañeros para referirle los infortunios que tenía que lamentar después del naufragio del bergantín *Atrevido*, y que no dudaba que aquel remediaría.

Su salvador no fué ménos explícito refiriéndoles su historia. Víctima de la revolución que en 1848 conmovió los cimientos de la sociedad española, fué deportado como otros muchos á Ceuta, de donde pudo escapar al año, refugiándose en el imperio de Marruecos. Allí los malos tratamientos de un bey que se erigió en amo suyo, le obligaron á huir nuevamente y atravesar el Atlas: se unió á una caravana para cruzar el desierto de Sahara, con ánimo de ganar alguno de los puertos de la costa de Senegambia y pasar á la América del Sur; pero habiendo caído en manos de una horda de beduinos, le condujeron á Guinea, donde fué vendido á un comerciante del país, que por su trato dulce y humano, hizo su desgracia más

llevadera. Muerto aquél al poco tiempo, se internó en el país de Aschantis, en cuyo ejército desempeñaba un elevado cargo hacia más de diez años.

Concluida su relación, Perez, que así se llamaba, les aconsejó que le siguiesen á la ciudad, donde después de haberse repuesto completamente de las fatigas de aquel prolongado naufragio, él mismo les proporcionaría los medios de ganar alguna de las factorías francesas, y embarcarse para Europa.

— Todo eso está muy bien dicho. — interrumpió Damian, — pero no es muy hacedero, si ántes no nos procurais los medios de matar el hambre que nos devora.

— Esperad un momento, — contestó Perez soltando en tierra la carabina que tan buen servicio acababa de prestar á Damian, y trepando con la agilidad de un gato montés por el robusto tronco de un elevadísimo árbol, cuya frondosa copa sombreaba el suelo en muchos metros de extensión.

Durante aquella especie de eclipse ó paréntesis, que fué muy corto, los marineros se entregaron á las más risueñas ideas respecto de su porvenir, llegando hasta considerarse, dentro de poco, en el astillero de Santander, enriqueciendo la geografía y la historia con la estupenda relación de sus viajes.

Damian, sobre todo, se deshacía en elogios á las baquetas, que tanto sirven para castigar á un marinero, cuanto para aplastar la cabeza de las serpientes boas que atentan á su existencia.

Perez descendió del árbol con una gruesa rama, de la cual pendían varios frutos de forma esférica, cubiertos de una corteza parecida á la del coco, aunque ménos dura y áspera. Esta encerraba una sustancia compacta y muy mantecosa, de un sabor agradable.

— Ea, comed, — les dijo; — esto podrá haceros recuperar un tanto vuestras fuerzas, y espero que á la noche podré ofreceros mejor cena en la inmediata aldea, porque os advierto que aún nos separan de la capital cuarenta leguas.

— ¿Qué significa esta bazofia? — preguntó Damian engullendo á más y mejor.

— Es el fruto del *Baobab*, ó *pan de monos*, que tanto fructifica en esta comarca y que de tantos apuros saca á los negros en sus largas excursiones.

— Confieso con ingenuidad que le cambiaria de buena gana por el pan de Castilla; nunca me hubiera ocurrido la idea de dejar á los monos sin pan.

CAPITULO III.

COMASIA.

El reino de Aschantis, colocado en la Guinea Septentrional, al O. del de Dahomey y al N. de Costa del Oro, está situado sobre la línea ecuatorial á los 13° 30' longitud occidental 20° 5' longitud oriental y 9° 25' de latitud.

En un principio fué una nación poderosa y rica, por su industria y comercio en los pueblos del interior. Eran sus tributarios los reyes de Kotokoo, Abaqua, Aguapin, Assecoomo y otros. Sus continuas guerras con el vecino reino de Dahomey, de que hablaré más adelante, empezaron á debilitar su poder. Posteriormente los ingleses, fomentando estos disturbios, han logrado que el reino de Aschantis no sea en el día ni aún la sombra de lo que fué.

No sin algunas pérdidas llegaron á establecer sus factorías en el golfo de Guinea, pues en 1823 y 1824 las guerras de los Ashaantés con sus vecinos los Fanteas dieron ocasión á un choque con los ingleses, en el cual, además de varios oficiales y soldados, tuvieron éstos la pérdida del bravo coronel Mac-Carthy, cuyo cráneo sirvió algún tiempo á uno de aquellos bárbaros guerreros de copa para hacer sus libaciones.

Tal era, pues, la desconocida tierra donde el piloto y sus dos marineros iban á pedir hospitalidad. Aun cuando Perez, que llevaba diez años en el país sin pensar en volver á Europa, les había dado noticias tranquilizadoras del carácter de aquellos africanos, ninguno de los tres naufragos estaba exento de temor, pues ellos no llevaban más título á su consideración que el no poseer ninguno.

Especialmente Jesús no las tenía todas consigo. El buen gallego recordaba haber oído en su niñez, en las veladas del invierno al fuego del hogar, una lúgubre historia que gozaba de los honores de la tradición, en la cual fué el protagonista un individuo de su aldea, segundo á bordo de un buque mercante, el cual fué engullido por una tribu salvaje en la Senegambia.

Además, los fastos marítimos están llenos de estos lúgubres ejemplos, y el hombre que en el tope de un palo, ó en una berga afrontaba con faz serena un huracán de los trópicos, se estremecía al recuerdo de la maza de un salvaje.

Poco á poco fué renaciendo la confianza en los ocho días que duró su viaje en compañía de Perez, que les servía de intérprete y *cicerone*.

Durante aquel no les aconteció cosa notable ni digna de mención. Atravesaron llanuras, montes y selvas, pobladas de elefantes, ciervos, gacelas, mochuelos, monos de diversas especies, tigres, leones, chacales y mil pájaros de pintado y vistoso plumaje Así-

mismo pernoctaron en diversas aldeas, compuestas de casas de tierra sin más luz que la que penetraba por la puerta, diseminadas como á la ventura, sin órden ni concierto.

Lo que más les molestaba era el calor y los mosquitos; durante el día, por indicacion de Perez, cubrian su cabeza con casquetes cónicos de barro mojado, que tenian que renovar cada cuarto de hora, tiempo suficiente para que se secasen, á pesar de dos grandes hojas que en la parte superior adheridas, les servian de quita-sol.

—A este paso vamos á quedarnos calvos ántes de un mes.—Decía Damian al ver que en aquella operacion salian algunos mechones de su crespo cabello adheridos al barro de su gorro improvisado.

Siempre que entraban en alguna aldea se veian rodeados de una multitud curiosa y ávida de contemplarles, tocar sus ropas y arrancar los botones de sus chaquetas.

—Por lo visto—decía Damian prosiguiendo el curso de sus observaciones,—estas buenas gentes tienen empeño en que nos asimilemos á ellas por el traje; mucho me engaño sino tratan de dejarnos en cueros.

—Os suplico que apresuremos el paso.—Les dijo Perez.—Es de absoluta necesidad que esté yo mañana en la capital, pues por mi cargo militar debo tomar parte en las fiestas que se preparan.

—¿En honor nuestro?—Se aventuró á preguntar el cándido Jesús.

Perez y los dos marineros soltaron la carcajada.

—No tal,—repuso el primero.—Por muy honrado que se vea el soberano con vuestra presencia, no creo que su entusiasmo le lleve hasta el punto de dilapidar su tesoro en obsequiaros. Me refiero á las fiestas que se celebran anualmente en la capital en honor de la cosecha de la batata, y en las cuales espero que habeis de admirar no poco, pues no creo que en Europa se tenga idea de ellas.

Estas palabras les sirvieron de incentivo y de espuela al mismo tiempo: aquella noche durmieron al borde de un gran pantano, cuyas fuentes abastecen de agua á la ciudad, y apenas despuntó el alba del siguiente día se pusieron en marcha para llegar á una hora conveniente.

Coomasia, capital del reino de Aschantis es una poblacion bastante regular y extensa, de unas cuatro millas de circuito; descansa apoyada en el pantano de que más arriba he hecho mencion, y un hermoso bosque de árboles corpulentos de varias especies, sobresaliendo el llamado Sehée, ó árbol de la manteca, por la naturaleza del fruto que da.

Tiene algunas calles bastante anchas y largas, aunque las casas que las forman son mezquinas y feas en su exterior, construidas de tierra cretácea, con una techumbre de hojas de palma entregidas, sostenida por piés derechos de madera, generalmente sin labrar. Son de un solo piso; muchas de ellas no tienen más respiradero que la puerta, que suele ser de una sola pieza, sacada con gran trabajo del algodónero; en otras hay ventanas pequeñas, pintadas todas de encarnado chillon, y recargadas con figuras de capricho toscamente esculpidas ó formadas también á pincel.

A parte de las personas principales que tienen algun cargo en la córte y que visten con mucho lujo, los demás habitantes de la poblacion ostentan en sus trajes una sencillez paradisiaca y esencialmente primitiva.

Poco ántes de penetrar en la ciudad que, dicho sea de paso, presenta en su conjunto un aspecto poco agradable, los marineros y su guia vieron desfilar por delante de ellos, y en la misma direccion, unos veinte hombres, amarrados por el cuello á un tronco muy largo, á la manera con que suelen ser conducidos los esclavos por sus dueños, á los mercados y bazares. Escoltábanles diez soldados, cinco á cada lado, con sus largas espingardas, y un adorno sobre sus cascos de cuero muy parecido á dos cuernos nacientes de una cabra.

Aquellos hombres, jóvenes y apuestos en su mayor parte, iban conversando tranquilamente.

—¿Qué significa esa procesion?—preguntó el piloto á Perez.

—Esas son las víctimas que han de inmolarsé mañana para concluir dignamente la fiesta.

—¡Pardiez!—exclamó Jesús estremeciéndose.

—Nadie lo diría—objetó Damian—al ver su tranquilo continente más bien parece que van invitados á la mesa de rey.

Siendo, pues, objeto de la curiosidad general, llegaron á una gran plaza, donde está situado el palacio del rey, que es un gran edificio de bastante extension, construido con todo el mal gusto de la arquitectura aschantea: su recinto encierra grandes patios y destartaladas habitaciones que reciben la luz por ventanas muy pequeñas; sus paredes están recargadas de pinturas, representando los caprichos más raros y originales.

En el departamento destinado al monarca sobresale el lujo y la ostentacion en todo su esplendor oriental; pero dominando siempre el mal gusto. En él se ven muchos objetos de procedencia europea, regalos de los monarcas ingleses y franceses, ó cambiados por frutos del país con comerciantes indigenas. El oro y la seda alternan en todas partes, especialmente en los aposentos destinados al harem.

Las leyes del país permiten al rey más de tres mil mujeres; pero por lo regular los monarcas no abusan del número, contentándose con algunas ménos.

Antiguamente la costumbre les autorizaba á regalar alguna de ellas á aquel de los dignatarios de la Corona que por sus servicios se hacia acreedor á semejante distincion.

Cuando salian en público iban precedidas de una escolta especial, destinada á franquearlas el paso entre la multitud, y aún á castigar á algun aficionado que queria examinar de cerca sus encantos; porque por lo general éstas tienen muy gallarda presencia, y sus facciones no carecen de gracia y regularidad.

Los tres marineros penetraron en una calle larga y estrecha, invadida por la multitud: á uno y otro lado habia muchas tiendas, alguna de las cuales podia dar idea de nuestras prenderías, por lo heterogéneo de su comercio. Era aquel una especie de mercado, donde los productos europeos alternaban con los del país; pieles de diversos animales, pólvora y balas, ricas sederías, licores, especias, carnes, dátiles, objetos de loza y de platería fabricados en el país, curtidos, obras de ebanistería, etc.; aquel *pandemonium* contentaba todos los gustos y todos los caprichos.

A fin de que los marineros no hiciesen un papel desairado á causa de sus destrozados trages, y por honor, tal vez, al poderoso reino que los daba hospitalidad, Perez les proporcionó unas blusas cortas de lana, unos pantalones á franjas amarillas y negras, y un calzado, término medio entre la babucha y la alpargata.

En seguida los condujo á su casa, donde permanecieron todo el día, descansando de las fatigas de tan largo y penoso viaje.

CAPITULO IV.

UNA FIESTA EN LA CAPITAL.

Aquella noche la pasaron durmiendo de un tiron, como vulgarmente se dice; hacia ya más de un mes que los pobres marineros no disfrutaban de un sueño tan dulce y tranquilo.

Era ya bien entrado el día, y aún reposaban en brazos de Morfeo, cuando un ruido verdaderamente infernal les hizo saltar de sus hamacas al suelo, creyendo al pronto que la casa se les caia encima á consecuencia de alguna súbita convulsion de la naturaleza.

Instintivamente corrieron los tres hácia la puerta de la calle, y el espectáculo que se presentó á sus ojos les hizo lanzar una franca y estrepitosa carcajada.

Por delante de ellos cruzaba en peloton un destacamento de soldados, precedidos de una música, que era la causa de aquel estrépito.

Aquella banda militar se componia de varios instrumentos, cualquiera de los cuales por sí solo era capaz de destrozarse el oido ménos delicado y exigente.

En primer término, el *tamtam*, que es un grueso tronco de árbol hueco, de más de diez piés de largo, cerrado en sus extremos por dos pieles curtidas, produce un sonido seco, duro é ingrato. Algunos de ellos están adornados exteriormente con huesos y calaveras de un color amarillento ya por el uso: *los sombreros chinoscos* son unas grandes calabazas colgadas á la punta de un palo, de las que penden dientes y cartilagos arrancados al enemigo sobre el campo de batalla; cada banda lleva un número indeterminado de este instrumento: las campanas, que son dos planchas de hierro unidas en forma de cilindro, y golpeadas con un mazo producen un sonido infernal; despues las trompetas, que son de cobre y de marfil, y por último, una multitud de flautas y silbatos de caña completan aquel cuadro, el más ingrato é inarmónico que pueda nadie figurarse.

Una banda compuesta de tales instrumentos, que producen sonidos sin ritmo ni armonía, es lo suficiente para que una organizacion medianamente delicada sufra por lo ménos una calentura.

Los marineros tuvieron que taparse los oidos, y á la verdad que en aquel caso era lo ménos que podian hacer.

Ya habia desfilado el pequeño destacamento, y aún duraba en ellos la sorpresa, cuando se presentó á sus ojos un hombre á quien al pronto desconocieron.

Era Perez con su uniforme de gala.

Consistia en una túnica de seda listada que le llegaba á la misma rodilla, permitiendo ver la parte inferior de unos calzones blancos de finísima tela, fabricada en el país. El escote de la túnica dejaba descubierto su cuello, que adornaba un magnífico collar de gruesas y macizas cuentas de oro: ceñia su cintura un schall amarillo, al que se sujetaba en la parte de delante una cartuchera de piel de búfalo; gruesas pulseras de oro adornaban la parte anterior de su brazo, y en la mano derecha llevaba una especie de pica con el cuento de ébano.

—¡Mil veces diablo!—exclamó el piloto.—¿Quién habia de conoceros con tales atavíos?

—¿Sabeis que me dan ganas de sentar plaza en vuestro ejército para poseer un collar de ese calibre?—le dijo Damian.

En cuanto á Jesús, mudo como siempre, se contentaba con tomar á peso las cuentas de oro y suspirar.

— Ahora bien, — les dijo Perez. — ya veis que mis deberes me impiden acompañaros hoy; pero este muchacho — continuó presentándole un mozalvete de unos diez y seis años — lo hará por encargo mio, procurando que disfruteis de la fiesta en el sitio mejor: á la noche volveremos á reunirnos aquí mismo.

Nada había que objetar á lo dicho: Perez salió, y á poco le imitaron los marineros, precedidos de aquel nuevo *cicerone*, á quien no entendían una palabra y de quien tampoco eran comprendidos.

La multitud llenaba completamente las calles, hasta el extremo de que los tres marineros tenían que hacer esfuerzos supremos para no ser separados, lo cual hubiera sido una desgracia.

Durante el trayecto hasta la gran plaza de la residencia real, Damian experimentó varios accesos de ira contra su nuevo guía.

Era el caso que la presencia de los marineros excitaba la curiosidad en alto grado, y el muchachuelo se detenía á cada momento, ya con unos, ya con otros, á satisfacer su curiosidad hasta el grado que él podía hacerlo.

Damian le veía detenerse, mirarlos y gesticular con negros y negras, lo cual ponía el colmo á su desesperación.

— ¡Este papanatas va á hacer que lleguemos cuando todo haya acabado! — exclamaba. — ¡No veis cómo se detiene y nos detiene á cada instante!

— Empújale y sigue, — le decía Daniel; — sobre todo no le mires con esos ojos de loco: creará que te le quieres comer... y no es necesario que en este país armemos algun bronquis que puede costarnos caro.

Por último, después de varios altercados, llegaron al sitio de la fiesta.

La plaza presentaba un magnífico y extraño golpe de vista, sobre todo para un europeo.

En toda la línea de fachada del palacio real se había improvisado una galería de madera, cubierta con ricas sederías y borlones de oro, en la cual, sobre un trono de ébano, con embutidos también de oro, estaba el monarca, fastuosamente vestido, ostentando en su tocado y en sus armas mil piedras preciosas, que eran efectivamente la fortuna de un emperador.

El rey de Aschantís cuenta con mil arbitrios para abastecer su tesoro, por lo cual á nadie extraña aquella ostentación oriental. Todo el oro que se halla en casa de cualquier vasallo á la hora de su muerte le pertenece; pero el amor hácia la real persona no impide que los herederos cometan algun pequeño fraude, y á la inversa de San Bruno, que, como dicen los muchachos, da ciento por uno, ellos suelen entregar al monarca uno por ciento, se entiende con la mayor reserva, pues descubrieron el engaño, los culpables serían terriblemente castigados.

En esta parte los aschantés son muy previsores, y miran mucho al porvenir.

Su majestad cobra además una regular imposición por cada esclavo que sale para ser vendido en la costa; por las licencias para cazar elefantes; por cada adorno de oro que los dignatarios de la corte aumentan en su traje ó en el de sus concubinas; por el oro que se extrae de las arenas de algunos ríos; y además de todo esto, los tributos de los reinos dependientes de aquel.

De aquí resulta que, sin acudir á empréstitos extraordinarios, el rey, por medio de tan sencillo sistema financiero, tiene sus arcas muy bien repletas, y puede, cuando llega la ocasión, desplegar un lujo del que no tenemos en Europa ni aún la idea más aproximada.

El pueblo en tales días goza de la fiesta, sin detenerse á considerar que el verdadero pagano es él, y que la liberalidad del monarca tiene origen en las fortunas particulares de sus súbditos.

Sentada á sus piés, sobre un escaño de seda, la reina favorita, se entretenía en golpearse con el cuento de su cetro de marfil las sartas de perlas que ceñían sus tobillos; de vez en cuando levantaba la cabeza hácia el monarca, mirándole largo rato, y una sonrisa de éste venía á colmarla de gozo, como á un rayo de sol se conmueven de alegría los pétalos de las flores.

En una larga fila de escaños y cogines, á espaldas de la real pareja, se agitaban las demás favoritas del harem, pensando cada cual en la hora de destronar á la que por entonces reinaba en el ánimo del monarca, con lo cual atestiguaban elocuentemente toda la cordialidad del odio que unas á otras se profesaban.

A uno y otro lado del rey estaban sus ministros y altos dignatarios, viéndose sobre el traje nacional alguna prenda de uniforme europeo, especialmente francés.

Su actitud era grave, seria y casi temerosa, pues aquella monarquía casi absoluta era el coco de los ambiciosos. Todos esperaban para hablar á que el monarca les dirigiese la palabra, cuyo honor les llenaba de orgullosa satisfacción.

Por nada del mundo se hubieran atrevido á cambiar entre sí alguna frase, ni aún en voz baja.

El pueblo esperaba en la plaza, fijos sus ojos en aquel semidios, que disponía autocráticamente de sus vidas y haciendas, que era,

por lo tanto, el origen de sus dolores casi siempre, y muy rara vez de sus alegrías.

El rey es mirado por sus vasallos con una veneración supersticiosa, y más que amor les infunde miedo: es el eslabón que une la raza humana con la de sus ídolos; es el último de los dioses y el primero de los hombres, y en este concepto, ellos se consideran átomos de la vida que absorbe el rey.

Aquella gran fiesta se reducía á lo que podemos llamar una gran parada y desfile de tropas.

Los pueblos esencialmente guerreros solemnizan sus fiestas con grandes aparatos militares: costumbre peculiar á todos aquellos que rinden culto á la fuerza.

El desfile de las desordenadas y numerosas legiones del poderoso monarca duró todo el día, sin que la muchedumbre, acostumbrada á aquellas fiestas, manifestase cansancio y hastío, cosa notable, á la verdad, cuando se reciben sobre la cabeza los ardorosos rayos del sol africano.

A medio día, y sin que se interrumpiese la ceremonia, se le sirvió al rey una pequeña refacción, compuesta de algunos manjares, licores y aguardiente en abundancia.

Mientras estaba practicando tan perentoria necesidad, sus ojos se fijaron casualmente en el grupo que formaban los tres marineros á quienes invitó para que subieran á conversar con él, refiriéndole los detalles de su naufragio.

Perez, que asistía al lado del monarca, les sirvió de intérprete, y á fin de que la compañía de aquellos pobres marineros no desdijese del puesto que ocupaba en la corte, le dijo que eran individuos de su familia, y todos ellos capitanes de la marina real española, seguro de que aún cuando el piloto y sus compañeros quisieran desmentirle, no habían de ser comprendidos por nadie.

A la verdad que ni Jesús ni Damian, ni aún el mismo Daniel, tenían grandes apariencias de capitanes.

El rey les hizo el honor de conversar con ellos un cuarto de hora: después dispuso que en una de las habitaciones de palacio se les sirviera un abundante refrigerio, cosa que les puso de muy buen humor, pues ya empezaban á fastidiarse de ver pasar á tanto «monigote negro,» como decía Damian.

Cuando salieron á la plaza, el desfile había concluido ya; el rey se ocupaba en la distribución, entre los recolectores de la batata, de telas, pólvora y cauris, moneda del reino, que no es más que una conchita de la India que desembarcan los buques europeos en las factorías del golfo de Guinea, de las que dos mil componen ó equivalen á veinte reales de nuestra moneda.

En este punto los aschantés van mucho más allá que los portugueses.

No obstante, profesan una gran afición á las libras esterlinas, á las que no miran enteramente como objetos de arte.

La multitud daba grandes alaridos, que á pesar de su eco lúgubre, eran exclamaciones de alegría, atestiguando de aquel extraño modo que su monarca era el más liberal de toda el África.

Aún faltaba el último acto de la fiesta, que había comenzado por sainete y debía concluir en tragedia.

Se trataba del sacrificio humano, que allí pone siempre el sello á las diversiones públicas.

No tardaron en aparecer los veinte jóvenes que los marineros habían visto entrar en la ciudad, convenientemente escoltados.

Su aspecto no había variado desde la víspera; más que resignados, iban perfectamente tranquilos, no obstante saber que aquella era la última escena de su vida: miraban á todos lados, más bien como quien se recrea que como el que se despide; en sus facciones no se pintaba la menor alteración ni la más leve sombra de disgusto.

Sin embargo, su fin debía ser terrible.

Todas las miradas estaban fijas en el rey.

A una señal que hizo con el cetro, la multitud se precipitó cuchillo en mano sobre aquellos infelices, que no tardaron en ser ferrozmente degollados como nuestras reses en el matadero.

Los marineros con su guía se apartaron disgustados de aquella escena de horror, tomando el derrotero de la casa de su nuevo pariente Perez, aún cuando ellos ignoraban lo del parentesco.

Pero al llegar á la puerta se encontraron dolorosamente sorprendidos.

Jesús ya no iba en su compañía. Había desaparecido sin que se hubieran apercibido de ello hasta entónces.

CAPITULO V.

IDOLATRÍA Y SUPERSTICION.

Damian y el piloto, por medio de los gestos que encontraron más adecuados y expresivos, trataron de hacer comprender á su guía que habiendo salido tres de casa por la mañana, no volvían por la noche más que dos; que por consecuencia faltaba uno, que era compañero suyo, y que se hacía necesario indagar su paradero.

(Se continuará.)

LA RACE LATINE

JOURNAL INTERNATIONAL

Cette revue tirée à un grand nombre d'exemplaires, est imprimée à Madrid dans l'un des premiers établissements typographiques espagnols et paraît tous les quinze jours avec la collaboration des écrivains les plus distingués de l'Europe Latine.

PRIX D'ABONNEMENT

Espagne. un an.	200 reaux.	Portugal. un an	2 livres sterling.
France. »	50 francs.	Italie. »	50 liras.
Belgique. »	50 francs.	Amérique. »	20 pesos.

ON S'ABONNE EN ESPAGNE

A MADRID
Bureau central, 4, rue de Serrano.
Librairie Bailly-Baillière.
Librairie Durand.

Palma.—Librairie de D. Pedro José Gelabert.
Barcelona.—Juan Oliveres.
Sevilla.—Hijos de Fé.
Málaga.—Francisco Moya.

Bilbao.—Viuda de Delmas.
Zaragoza.—Viuda de Heredia.
Cádiz.—Verdugo, Morillas y Compañía.
San Sebastian.—Manuel Aramburu.

Les annonces sont reçues en Europe pour trois mois.

ON S'ABONNE A L'ETRANGER

A Paris. A la Caisse Générale d'abonnements, dirigée par M. Khan, 53, rue Lafayette.
A Lyon, chez Mr. CONCHON, rue Mulet, 9, et rue Bat d'Argent, 10.
A Marseille, chez MM. Arrau, rue des Feuillants, 1.—Camoin, rue de la Cannebière, 1.—Chusin, B^d du Musée, 16.—Millaud, rue de Noailles, 13.
A Bordeaux, chez Mr. Fouraignan, Place de la Comédie, 3.
Au Havre, chez Mr. Aubert Benard.
A Londres, chez Childey et Cortazar, 71 Store Street.

A Bruxelles, chez MM. Deq et Duent, office de publicité, 39, rue Montagne de la cour.
A Anvers, chez Mr. Kornicher.
A Amsterdam, chez Mr. Van Bokkens.
A la Haye, chez MM. les héritiers Doorman.
A Rome, chez Mr. Merlé.
A Turin, chez MM. Bocca, freres.
A Florence, chez M. Jrouhaud.
A Naples, chez Mr. Dura.
A Milan, chez MM. Dumolard, freres.
A Lisbonne, chez Mr. Silva Junior.
A Oporto, chez Mr. Gomez, successeur de Moré.

CORRESPONSALES EN ULTRAMAR

ISLA DE CUBA.
Habana.—La Propaganda Literaria, O'Reilly, 54.
Guines: D. Ramon de Cabrera.
atanzas.—Señores Sanchez y Compañía, y Don Juan F. Balloqui, calle de Gelaberto número 42.
Cienfuegos.—D. Juan A. Gutierrez.
Cuba.—D. Juan Perez Dubrull.
Caibarien.—D. Hipólito Escobar.
Santa Clara.—D. Manuel Doportó.
Morón.—D. Sebastian Delgado.
Cárdenas.—D. Alejandro Laga.
Sagua.—D. Pedro Pazo.
Union de Reyes.—D. José M.^a Otero.
Colon.—D. José M.^a Prieto.
Puerto Principe.—D. Miguel Acosta Barañán.
Baracoa.—D. Luis Argues.
Gibara.—D. Gregorio Vega y D. Nicolas de Mena.
Sancti-Spiritus.—Don Carlos Ergueta.
Holguin.—D. Bernardo Manduley.
Nuevitas.—D. Miguel Nuñez.
Nueva Paz.—D. Enrique Petit.
Trinidad.—D. Eugenio Camino.
Guanajay.—D. Pedro Chacon.
Guanabacoa.—D. José M.^a Prieto.
Santiago de las Vegas.—D. Feliciano Esternor.
Batubano.—D. Antonio Fonseca.
Sumidero.—D. José Garcia Alonso.
Cifuentes.—D. Evaristo Prieto.
Pinar del Rio.—D. Deogracias Gil.

Consolacion del Sur.—Sres. Rodriguez y Fernandez.
Santa Isabel de las Lojas.—D. Santiago Migoyo Jiguant.—D. Santiago Barandiarán.
Guantánamo.—D. Juan Anguer Freixas.
PUERTO-RICO.
Capital.—D. José María Sanchez.
Arroyo.—D. Isidro Coca.
SANTO DOMINGO.
Capital.—D. Joaquin Machado.
Puerto-Plata.—D. Miguel Malagón.
FILIPINAS.
Manila.—D. José Villeta.
Celestino Miralles, agentes generales, con quienes se entienden los de los demas puntos del Asia.
SAN THOMAS.
Capital.—D. Luis Guasp.
Curacao.—D. Juan Blasini.
MÉJICO.
Capital.—D. Juan Buxó y Compañía.
Veracruz.—D. Manuel Ochoa.
Tampico.—D. Antonio Gutierrez Victory.
Mérida.—D. Rodolfo G. Canton.
Mazatlan.—D. Francisco Echeguren.
Puebla.—D. Emilio Lezama.
Campeche.—D. Joaquin Ramos Quintana.
VENEZUELA
Caracas.—D. Martin J. Larralde.
Puerto-Cabello.—D. Juan A. Segrestáa.

La Guaira.—Señores Salas y Montemayor.
Maracaybo.—Sr. D'Empaire, hijo.
Ciudad Bolívar.—D. Serapio Figuera.
Carúpano.—D. Juan Orsini.
Barcelona.—D. Martin Hernandez.
Maturín.—M. Philippe Beaupertuy.
Valencia.—Señores Jayme Pagés y Compañía Coro.—D. J. Thielen.
Cerro de S. Antonio.—Sr. Castro Viola.
CENTRO AMÉRICA.
Guatemala.—D. Ricardo Escardille.
Norberto Zinza.
San Salvador.—Señores Reyes Arrieta.
San Miguel.—D. Joaquín P. Guzman.
Manuel Soto.
Tegucigalpa.—D. Manuel Sequeiros.
Chinandega (Nicaragua).—D. Isidro Gomez.
San Juan del Norte.—D. Emilio de Thomas.
Cononante.—D. Joaquin Mathé.
Rivas.—D. José N. Bendaña.
Granada.—D. Zacarias Guerrero.
San José de Costa Rica.—D. Guillermo Molina.
Casto Gomez.
Belize.—D. José María Martínez.
ECUADOR.
Guayaquil.—D. Antonio de La Mota.
NUEVA GRANADA.
Bogotá.—D. Lázaro María Perez.
Santa Marta.—D. Martin Vergara.
Cartagena.—Señores Macías é hijo.
Panamá.—D. José María Aleman.
Colon.—D. Matias Villaverde.
Medellin.—D. Juan J. Molina.

Mompós.—Sres. Ribou y hermanos.
Pasto.—D. Abel Torres.
Subanaldaga.—D. José Martin Tatis.
Sincelajo.—D. Gregorio Blanco.
Barranquilla.—Sres. E. P. Pellet y Compañía.
PERÚ.
Lima.—Sres. Redactores de la Nacion.
Arequipa.—D. Manuel de G. Castresana.
Iquique.—D. Benigno G. Posada.
Punó.—D. Francisco Laudaela.
Tacna.—D. Francisco Calvet.
Trujillo.—Sres. Valle y Castillo.
Callao.—Sres. Colville, Danwson y Compañía
Arica.—D. Carlos Eulert.
Pisra.—M. E. de Lapeyrouse y Compañía.
BOLIVIA.
La Paz.—D. José Herrero.
Cobija.—Sres. Aguirre—Zavala y Compañía.
Cochabamba.—Doña Benedicta Reyes de Santos
Potosí.—D. Adolfo Durrels.
Oruro.—D. José Cárcamo.
CHILE.
Santiago.—D. Augusto Reymond.
Valparaiso.—D. Nicasio Esquerra.
Copiapó.—Señores Rosello hermanos.
La Serena.—Señores Alfonso hermanos.
Huasco.—D. Juan E. Carneiro.
Concepcion.—D. José M. Serrate.
Santa Ana.—D. José María Vides.
ESTADO UNIDOS.
Nueva-York.—M. Echeverría y Compañía.

S. Francisco de California.—M. H. Payot
Nueva Orleans.—M. Victor Hebert.
PLATA.
Buenos-Aires.—D. Narciso Cepedano.
Catamarca.—D. Mardoqueo Molina.
Córdoba.—D. Pedro Rivas.
Corrientes.—D. Emilio Vigil.
Purand.—D. Cayetano Ripoll.
Rosario.—D. Andres Gonzalez.
Salta.—D. Sergio Garcia.
Santa Fe.—D. Remigio Perez.
Tucuman.—D. Camilo Caballero.
Gualeguaychú.—D. José María Nuñez.
Paysandú.—D. Miguel Horta.
Mercedes.—D. Serafin de Rivas.
BRASIL.
Rio-Janeiro.—D. M. D. Villalba.
Rio grande do Sur.—N. J. Torres Crebuet.
PARAGUAY.
Asuncion.—D. Isidoro Recalde.
URUGUAY.
Montevideo.—Señores A. Barreiro y Compañía
D. Hipólito Real y Prado.
Salto Oriental.—Señores Morillo y Gozalbo
Colonia de Sacramento.—D. José Murtagh.
Artigas.—D. Santiago Osoro.
GUYANA INGLESA.
Demerara.—MM. Rose Duff y Compañía.
TRINIDAD.
Trinidad.—MM. Geróldete, Uricen.